

UNIVERSIDAD NACIONAL

# Revista DE LA Facultad de Medicina

---

## CONTENIDO:

	Pág.
I HOMENAJE DE LA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA AL PROFESOR FEDERICO LLERAS ACOSTA. . . . .	519
II HOMENAJE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA AL PROFESOR LLERAS ACOSTA. <i>Académico Profesor, Miguel Jiménez López. Bogotá.</i> . . . . .	531
III HOMENAJE EN LOS FUNERALES DEL PROFESOR LLERAS ACOSTA. <i>Discursos de los Profesores Jorge E. Cavelier, Carlos Tirado Macías y Dr. Roberto Concha. Bogotá.</i> . . . . .	540
IV EL GOBIERNO NACIONAL HONRA LA MEMORIA DEL PROFESOR LLERAS ACOSTA. . . . .	550
V EDITORIAL. ESENCIA Y SÍNTESIS DE UN SABIO. <i>Alumno Luis Jaime Sánchez. Bogotá.</i> . . . . .	556
VI BOLETIN BIBLIOGRAFICO. . . . .	558

---

CASA EDITORIAL "CROMOS" - CARRERA 6a., NUMEROS 12-60 a 12-66 - BOGOTÁ

Suscripción, \$ 3 — Publicación mensual. — Copia sencilla, \$ 0.30  
Facultad de Medicina. Bogotá.

# REVISTA DE LA FACULTAD DE MEDICINA

Director, Profesor JORGE E. CAVELIER

VOL. VI

Bogotá, abril de 1938.

N.º 10

## HOMENAJE DE LA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA AL PROFESOR FEDERICO LLERAS ACOSTA

*Discurso del doctor Alfonso Castro.*

Señores:

Honra para mí, causa de íntimo regocijo, el hablar desde este sitio, ilustre, por motivos de prestigiosa excepción.

Auditorio selecto y científico el que me escucha, que informa la parte culminante y transformadora de la sociedad colombiana, y tribuna altísima, desde donde en más de una vez, han volado las zetas del pensamiento que, vibrantes y luminosas, han ido a clavarse, para bien en la conciencia pública. Estrado augustó, desde donde mi desarmoniosa palabra de modesto profesional, puede que tenga resonancia en los cuatro puntos cardinales de la patria, porque ahora encierra un brote de cálida admiración por un hombre eminente, que merece presentarse como ejemplo a la juventud y es uno de los eximios cultores de la ciencia colombiana.

El Profesor Lleras Acosta, centro de este cordial y severo homenaje, es una verdadera personalidad. Y cuando tal digo, doy al sustantivo abstracto el íntegro significado que encierra. Personalidad, es decir, proyección hacia afuera de un espíritu de rasgos inconfundibles, de originales concepciones, de enhiesto carácter, con orientaciones definidas, sin vanos temores a las inclemencias del medio, con el dón de la influenciación, vigoroso y vivificante como el mediodía tropical que hace germinar la vida en torno.

Tipo de animador, con imaginación alada y robusta, que la echa a rodar por campos inexplorados, asistida por hondo sentido científico, y que coloca como mira de sus anhelos, la solución de trascendentales pro-

blemas vitales, que, al resolverlos, han de ceñirle la frente con los gajos amargos de la simbólica hoja, y derramar un poco de fama sobre esta tierra adorable, donde se han medido nuestras cunas y cobija a nuestros muertos, y en la que aún la conciencia colectiva no tiene la audacia del vuelo del cónedor, que decora el escudo nacional.

El concepto de animador envuelve el de revolucionario, y Lleras Acosta lo es en la magnánima expresión de la palabra. Entrega las intimas palpitaciones de su cerebro y de su pecho. Quiere contribuir con tesón a que exista ciencia propia, vernácula; a que no seamos siempre los eternos repetidores de lecciones extranjeras. Su temperamento no le permite permanecer al margen de la existencia, convertido en el apacible espectador que asiste al desgranarse de las horas en la calma honrada y florecida de su casa señorial. Está penetrado de la sentencia bíblica, de que los días del hombre son milicia, lucha recia, y por eso lo contemplamos, a todo minuto, vencedor del destino implacable, en largas vigilias, con el ojo sobre el microscopio que sondea infinitos.

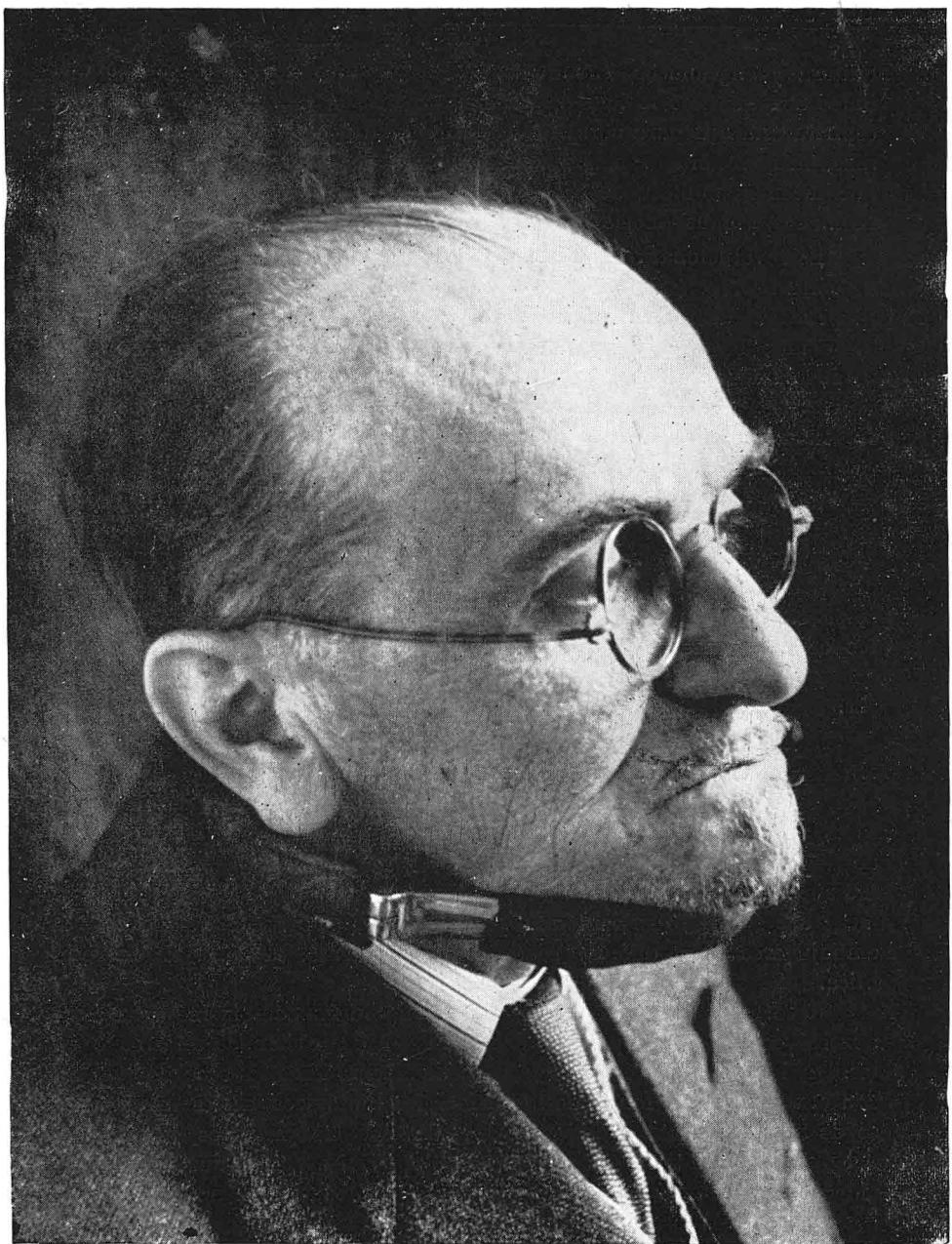
Va tras un ideal en cuya realización su propio nombre poco le interesa. Por sobre todo está lo incommensurable que se llama el sufrimiento humano. Alma incendiada como la de los redentores y soñadores, sirve a la patria convencido de que un poco de paz que lleve a sus semejantes, es la mejor manera de servirla.

Acrecentar la vida en una u otra forma ¿no es acaso una obra suprema que casi nos acerca a los dioses? ¿Conquistar una sonrisa de ventura, cuando el corazón se deslizó en penalidades, no es el máspreciado don con que se puede favorecer a un desgraciado?

La labor del hombre de estudio, que no agita las fanfarrias del reclamo, ni huella las alfombras de los magnates, pasa inadvertida, las más de las veces, cuando no la persiguen en la sombra los complejos de inferioridad, que con tanto ahínco cultivamos. Más, no obstante, a la larga, como las esencias finas o los crepusculos matinales, el alma que aquellas y estos recatan, todo lo va penetrando y dorando, y la tosca realidad, ayer cuerpo impuro u oquedad sombría, reciben hoy, sin quererlo, la dádiva graciosa de lo que torna al mundo digno de admiración.

Así la empresa del pensamiento activo. En los planos rasos del cerebro de la multitud, va creando inquietudes, anhelos, afán de mejoría constante. Va destruyendo ídolos vacilantes y modelando lentamente los trazos de la verdad, que, a medida que surge en el panorama universal, aleja los instrumentos de tortura creados por filosofías pesimistas para sometimiento de la conciencia humana.

La vida no puede ser, no hay derecho de que sea, el campo del eterno martirio. La misma muerte, si no la entenebreciéramos desde que nacemos con conceptos de una desolación infinita, es un suave tránsito hacia zonas de redentoras purificaciones. Allí está el amor, que todo lo al-



**Profesor FEDERICO LLERAS ACOSTA**  
† Marzo 18 de 1938.

quitara y engrandece, cuando no lo despojamos de los soberanos atributos con que nos lo han ofrendado deidades benéficas. La dignidad del espíritu está allí para cortarle el paso a múltiples dolores que, como erinias, nos circundan. Hay hombres generosos, de suprema sensibilidad, que lucen la nobleza de ofrecerse en constante sacrificio a favor de sus hermanos. Lleras Acosta pertenece a esta categoría.

Es revolucionario en bello y orientado gesto, sin otro cálculo que el de contribuir con la llama de su ingenio a la redención humana. Trabaja por apórtar luz al magno problema de la lepra. Comprende que en ese campo de angustia y de reconditeces biológicas, no se ha dicho la palabra definitiva. Que infinidad de seres en nuestro país y sobre la tierra, sufren la tortura del mal y de prácticas caducas, y por eso lucha sin descanso para robarle al misterio el dato preciso que esclarezca el enigma fatídico.

¿Nó es tal actitud digna del mayor elogio, y de que los hombres de ciencia den la voz de estímulo al sabio modesto, al colombiano eminente, que quema su vida en el cuarto de estudio, entre pipetas, matracas y caldos peligrosos, esperando que la constancia y la ansiosa ebullición del cerebro produzcan el chispazo que abrevia sufrimientos, liberte centenares de desgraciados y dé margen para que mañana se proclame que la entraña de Colombia no es infecunda ni para la ciencia, ni para la gloria?

Incapaz soy, inútil es decirlo, de justipreciar los resultados de la obra de Lleras Acosta. No podría afirmar en estos momentos si se equivoca o acierta. Sólo declaro, eso sí con entereza y justicia, que su labor es digna, meritaria, grande, de las que no pasan con el gárrulo vocero de la mediocridad. Labor que se ofrece como magno ejemplo de consagración y de entereza moral a la juventud, a esta juventud estudiosa, promesa del futuro, que ama la revolución en lo que tiene de altivo y de empuje creador y que ha de ser, necesariamente, el sillar de la república.

Revolución he dicho, y conste que no logro ocultar mi entusiasmo por el vocablo. Es la palabra del día, la cristalización de un anhelo colectivo. Pero revolución creadora, fecunda en bienes, a base de justicia, con conocimiento a fondo de los principios biológicos, sin ese sesgo odioso de nivelación por lo bajo, ni del tributo a los perversos instintos, no del pueblo, sino de turbas abyectas, que aspiran a que lo que es producto del esfuerzo continuo y de la inteligencia coordinada en nobles actividades, se les ofrende a título de gracia como un homenaje a los puños crispados, que no dignificó el trabajo, y a las insolencias del diccionario, que vician el concepto de democrática cultura.

La revolución hay que irla a buscar en el vigor y comprensión de lo espíritus, y no en las tumultuosas agitaciones de la plaza pública, en la agresividad de los ademanes, ni en la doliente e injustificable inferio-

ridad mental y económica de las clases trabajadoras, explotadas por poderes humanos y pseudomísticos. En favor de aquéllos, precisamente porque son desvalidos, es que debe ejercerse la acción enérgica de pensadores y científicos, creando una ciencia positivamente humana, amasada con sangre del pueblo, que contribuya a tornarlo potente y de orientado criterio, para este batallar sin tregua de los días.

La revolución, hija directa de la evolución que es inmutable proceso vital, síntesis suprema de las urgencias humanas, baja siempre de lo alto, es decir, del pensamiento como de una voluntad augusta dimana el desarrollo de las especies. Jamás surge de los bajos instintos, ni de la incapacidad ciudadana, porque eso se llama acratismo, y está matizado de lívida envidia y de rabia infecunda, que son pasiones disolventes.

Aquella es la verdad en marcha, y la verdad si tritura edifica, como destriza el viento de las rocas la dinamita para que esplenda la cinta aurífera. Es deseo impetuoso por dignificar la vida, dando el Estado iguales condiciones a los hombres para su ascenso físico, moral e intelectual; borrando las odiosas divisiones de castas y de clases; tratando, en síntesis, de formar en cada ser humano, por turbio que sea su ancestralismo, eso tan categórico de que hablaba hace poco: personalidad.

Porque hay que convenir en que si algo les falta a veces a ciertos movimientos revolucionarios, es precisamente personalidad. Simulan más bien las reacciones desorbitadas del atáxico. No cuentan con las fuerzas psíquicas, pero se entusiasman con los reflejos medulares, fáciles de obtener por excitaciones del medio externo. No contemplan la altura donde irradiia la serenidad de la idea, ni palpan las torturas cotidianas del pueblo de que se nutren; mas si se deleitan con el estrépito de multitudes, que si dan popularidad falaz, como un germen patógeno secreta toxinas, también siembran la muerte en los más vigorosos organismos cuando no los gobierna un ritmo de constante equilibrio.

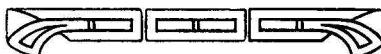
Las grandes transformaciones sociales sólo se incuban y prosperan en las mentes pensadoras y estudiosas. Luis Pasteur, Lister, Finlay, Gorgas, como los excelentes poetas y meditativos, los filósofos y eternos prédigos del alma, han hecho más por la especie, han ennoblecido de tan gallarda manera esta fuga del tiempo, como nunca lo lograron los conquistadores y valerosos capitanes, que han desatado el estrago sobre la tierra.

No hay que engañarnos con las palabras de programas políticos, que sólo recatan el egocentrismo de megalómanos criollos o de pintorescos mandarines de parroquia. Los destinos de un pueblo sólo se cuajan en aquellos cerebros, que como las imágenes sagradas, irradian luz en torno por la pulcritud, concentración e intenso trabajo del pensamiento.

En una democracia verdadera hay que crear la aristocracia del talento y la heráldica de la ética irreprochable.

La Universidad de Antioquia, mi férvida madre espiritual, que sigue tales normas y que quiere por sobre todo la grandeza de Colombia piafante en el pecho de cada uno de sus hijos, desea contar entre los predilectos de sus claustros, al ilustre profesor Federico Lleras Acosta, y en asocio de dos distinguidos colegas, me ha hecho el altísimo honor de designarme para que sea yo quien deposite en las manos del trabajador insigne, del varón de ciencias generosas, del ciudadano que lustre da a la República, el presente diploma que lo acredita como doctor *honoris causa*.

Profesor Lleras Acosta: aquí lo tenéis, señor, como el mayor galardón que puede ofrecer Antioquia a los que por excepcionales méritos intelectuales y acisolamiento de la existencia, logran desollar por sobre sus conciudadanos y poner un lambel resplandeciente en el escudo de la cultura nacional.



## DISCURSO DEL PROFESOR LLERAS ACOSTA

(Contestación al del doctor Alfonso Castro).

Señor doctor Castro, doctores Echeverri Duque y Orozco, señoras y señores:

Obligan por igual mi gratitud la ilustre Universidad de Antioquia que ha querido honrarme con el título de doctor honoris causa y las nobles palabras con que se acompaña el acto solemne de la entrega del diploma que acredita tan insigne y notoria calidad. Esa gratitud, que fue ya muy grande cuando se me comunicó la decisión de aquel alto colegio, es mayor aún ahora, porque el acto externo con que culmina la distinción de que soy objeto, se presenta rodeado de un ambiente tan cordial y tan generoso, y es tan franca y tan pura la expresión del vocero escogido, que se dobla el valor íntimo del homenaje para doblar al mismo tiempo mi sincera emoción y mi sorpresa.

Nadie mejor que vosotros, señores comisionados, podrá transmitir a la Universidad la expresión de mi reconocimiento. Os ruego la hagáis llegar en palabras transformadas por vuestra propia excelencia al sabio profesorado y a la juventud estudiosa de los claustros de Antioquia.

Nuevo estímulo en mis esfuerzos, el título que recibo ahora viene a estrechar más aún los lazos espirituales que tan intimamente me ligan a la ciencia médica antioqueña. Fue un sabio de aquella tierra, tan altiva como esforzada, tan austera como idealista, el doctor Montoya y Flórez, quien por primera vez me indicó el campo de la lepra como sector abierto al esfuerzo de la investigación, como problema digno de los mayores desvelos, como terreno de combate en el que el horror y la resistencia del enemigo hacen más ambicionable el triunfo, más atractiva la pelea. No puede borrarse fácilmente de la memoria el recuerdo de aquellos que nos asistieron con su experiencia o nos alentaron con su palabra en los momentos llenos de emoción y de incertidumbre en que se pasa por primera vez bajo los pórticos de la investigación científica. Por eso, tanto como la de mis maestros, la figura de Montoya y Flórez se encuentra incorporada en mi pasado, en el santuario sereno adonde suele regresar a

menudo en peregrinación de devoción y afecto el pensamiento agradecido.

¿Y cémo no recordar ahora a quien fue mi antecesor en la cátedra de bacteriología, amigo lleno de todas las excelencias, exponente de una raza que une al impulso robusto del trabajo un idealismo inmortal, una alada y divina fantasía? Luis Zea Uribe, con quien conviví fraternalmente en largas horas de meditación y de esfuerzo, era un bello espectáculo intelectual, y la potencia de su raciocinio y la armonía de su palabra, explicarían por sí solas la influencia tan profunda que ejerció sobre todos los que le rodeamos en el campo médico.

Y no menos robustos que los lazos que nos vinculan a los maestros son los que nos ligan a los discípulos. Continuadores de un esfuerzo secular, somos el cauce destinado a conducir a los predios nuevos el agua que brotada de fuentes a menudo desconocidas y remotas, alimentada en su caudal por aportes débiles o caudalosos, corre perennemente hacia el futuro. En las nuevas generaciones médicas antioqueñas tengo algunos de mis más leales discípulos, y el orgullo de verlos ocupando hoy puestos de vanguardia en la medicina nacional, basta a compensar el arduo y a menudo ingrato esfuerzo del magisterio.

Pero la Universidad al honrarme reconoce aparte de esas vinculaciones tangibles y concretas una más alta y universal. Es la de la comunidad de todos los que en una forma u otra laboramos en el campo de la ciencia médica, comunidad impuesta por la unidad de los ideales perseguidos, por el espíritu con que debe pretenderse alcanzarlos, por el acervo de conocimientos y experiencias comunes a que recurrimos, por el hecho de que sean los mismos los maestros cuya autoridad invocamos o a quienes tomamos por conductores y guías. En el seno de la ciencia se fraterniza y para ninguno de nosotros pueden ser extraños los altares serenos de su culto.

El título que depositáis en mis manos, señor doctor Castro, tiene además un valor excelsor por provenir de un instituto dignamente reputado como centro ilustre de enseñanza y de investigación. Y además por el significado simbólico que encierra, ya que, constituye premio el más preciado a un modesto esfuerzo científico. Cómo se ve así vivir la patria espiritual, al lado de la vida tumultuosa del progreso exterior, y cómo es dable apreciar en actos como éste la supervivencia de un criterio atento a las labores de la ciencia, lentas y casi siempre oscuras, en un mundo poblado de inquietudes inmediatas y de necesidades de satisfacción inaplazable.

Quizás no sea este momento inoportuno para hacer resaltar ante la juventud cuánto valen y significan estos honores, aun en casos como el mío, en que se presentan por todo extremo superiores a los méritos y condiciones del agraciado. Si es infinita la vanidad que encierran todos los triunfos humanos y muy a menudo ilusión y polvo la recompensa

alcanzada, convengamos en que hay un noble linaje en estos premios, una alta alcurnia en su origen, una identificación completa con todo lo que vale en la humana naturaleza. Destinados a honrar el esfuerzo desinteresado del espíritu, ni los mancha la ambición ni los deslustra la injusticia. No estando consagrados al poder o a la fuerza, nada hay en ellos que signifique adulación mezquina o simulado acatamiento.

---

El siglo XIX que tanta nueva etapa señaló en los humanos destinos, se distingue sobre todo porque en él se acentuó un movimiento tendiente a hacer de la ciencia instrumento eficaz para combatir las imperfecciones y dolencias del hombre. Sin duda mucho se había andado ya en ese camino. Pero dentro del conjunto de las ciencias seguían primando todavía aquellas de carácter filosófico, que buscaban por diversos senderos las supremas causas y se estancaban en eterna discusión sobre la naturaleza de las cosas. No fue el hombre contemporáneo el primero en buscar aplicaciones a sus conocimientos experimentales metodizados o no. El egipcio o el caldeo que descubrieron reglas en el movimiento de los astros, supieron aprovecharlas para determinar las épocas apropiadas a sus siembras y recolecciones. Cuando Pasteur y Berthelot, abrieron los ojos a la luz bajo el bello cielo de Francia, ya había alentado allí Ambrosio Paró. Pero la tendencia casi instintiva en un comienzo, más reflexivo después, no tuvo verdadera y completa conciencia de sí misma sino cuando empezaron a desarrollarse con gigantesco impulso los métodos experimentales. No sé si todavía se justifique el cruel pesimismo del doctor Fausto, y según no podamos enseñar a los hombres algo que sea capaz de volverlos mejores. Pero es lo cierto, que se ha podido encontrar remedio a muchos aspectos de su miserable condición, y que apartándose de la especulación sin consecuencias, la ciencia se aplica cada día más a ofrecer a los humanos un poco de felicidad y bienestar, pese a las locuras de una época extraviada por la maldición de los dioses.

Es precisamente en el campo de las ciencias biológicas donde esa tendencia estaba destinada, por la propia naturaleza de las cosas, a tener un más completo desarrollo. Aún se ha ido más lejos, y enfrentándolas a la religión y a las filosofías, se las ofreció como la solución adecuada para poner término a ese malestar indefinible que ha impulsado al hombre desde el principio de los siglos a una lucha sin esperanza contra los eternos enigmas. ¿No fue acaso un bacteriólogo, Elie Metchnikoff, quien encerró en las líneas armoniosas de un sistema esta nueva utopía?

Pero aun prescindiendo de esas generalizaciones a que suele arrastrar fatalmente el genio insatisfecho del hombre, cuánto se ha logrado avanzar en el campo modesto del mejoramiento material. Dolencias que

antes parecieran invencibles se encuentran a punto de extinguirse; para otras que se consideraron incurables se ha hallado remedio o alivio. Para el bien del hombre irradia hoy la materia su energía inagotable, y de la flor roja de los campos su quintaesencia de sopor y de calma.

Y cómo se ha adentrado la ciencia por el dominio de lo que fue siempre misterioso y oscuro en busca de las causas patológicas. Qué prodigiosos aparatos, qué rayos de milagro han roto la opacidad de los cuerpos, qué lentes de mágico aumento sorprendieron al enemigo enantes invisible flotando en el torrente oscuro de la sangre o en la claridad de la linfa. Para combatir a los adversarios se ha empezado por conocerlos, y una vez roto el secreto poco tiempo resisten al empuje continuado de la inteligencia, al análisis sutil, a la experimentación mil veces repetida de una legión de hombres que se turnan sin descanso en una lucha que encierra en el más prodigioso de los símbolos la integridad toda de los destinos humanos.

Así se intenta realizar poco a poco, en los límites de una forzosa relatividad, el ensueño a que con tanta elocuencia aludía Jules Lemaitre en su discurso de homenaje a Marcelin Berthelot. La felicidad humana se forja en las retortas de los laboratorios, sale de las evaporaciones de los tubos de ensayo, traduciéndose en una realidad más seductora que la quimera de la vieja alquimia.

Este tema ya antiguo ha venido a mi memoria a propósito de las palabras con que tan noblemente alabásteis, señor doctor Castro, los esfuerzos de investigación que tienden a hacer la vida más dulce y amable. Al fin y al cabo, buena parte del problema de la felicidad humana gira alrededor de la lucha contra las enfermedades y la muerte. Sin desconocer los ocultos impulsos del alma, los sentimientos místicos, lo que pudieramos apellar las realidades espirituales, es evidente que esa lucha siempre presente al hombre es poderoso factor determinante de su sentir y su pensar. Fue el espectáculo de extrañas dolencias y de muertes inesperadas lo que llevó al príncipe oriental a la práctica de su heroico desprendimiento y de su alta filosofía religiosa. Todos vosotros sabéis las hondas consecuencias que sobre la mentalidad y el carácter tienen los estados patológicos. Sin ir demasiado lejos, exponiéndonos a dar a la impetuosa inspiración de los vates algún nombre enigmático de nuestro misterioso vocabulario, sí es posible afirmar que pocos factores obran sobre el espíritu humano con tanta intensidad y constancia como aque-lllos a que nos venimos refiriendo.

Trasladándonos ya a un terreno menos propicio a la divagación de los ideólogos, pisando firme sobre la realidad concreta de la economía, no necesito recordaros a vosotros, que lo sabéis muy bien, el precio altísimo de la salud humana en el proceso de la producción. Es un factor que se solía olvidar en el pasado, pero que hoy se mide y se pesa. Y si bien no se ha dado todavía al hombre, y principalmente al trabajador,

todo el cuidado que impone su papel preponderante, una legislación sin cesar renovada sobre sanidad, higiene, asistencia, es muestra muy clara de cómo se ha ido variando la mentalidad con que se aprecia no sólo el problema de la justicia social sino el de la utilidad económica.

Después de estas consideraciones, resulta fácil hacer resaltar la importancia práctica de la investigación científica entre nosotros, tema al cual me proponía llegar abusando de vuestra benevolencia. Nada nuevo podría decirse que no sea de todos sabido sobre la generalidad de este punto de enunciación elemental. Pero quizá no sobre un breve comentario sobre la necesidad de prestar en la práctica un apoyo más vigoroso a la investigación, como base primera de toda acción armónica de sanidad y de higiene en el país.

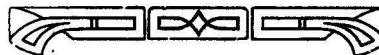
Durante lustros nos ha faltado la necesaria conexión entre la investigación y el estudio cuidadoso de nuestros grandes problemas sanitarios y la acción práctica, preventiva o terapéutica. La investigación, si bien escasa, ha tenido exponentes destacados; y quizá no hay ramo alguno de las ciencias médicas en el que nuestros profesionales no hayan puesto empeño para mantenerse al orden del día en materia de conocimientos teóricos y prácticos. Pero las grandes campañas sanitarias que requieren la acción colectiva no han estado acompañadas en la mayor parte de los casos de la investigación que vuelva fructuosos y eficaces los esfuerzos realizados. Las condiciones peculiares de nuestro medio, las mismas características de nuestra patología, la necesidad de obrar dentro de recursos muy limitados, imponen un cuidado en el estudio científico de las campañas que se emprendan, más grande aún que el que precisa dedicar a su organización práctica. Tampoco podríamos limitarnos a aplicar entre nosotros los conocimientos de la ciencia extranjera. Actuando sobre un enorme volumen de material humano, en un medio especial, es justa y necesaria ambición la de ir buscando por nosotros mismos o las prácticas más adecuadas a nuestras condiciones, o nuevos medios de diagnóstico y análisis, o nuevos procedimientos de prevención o terapéutica. Si al lado de la organización ejecutiva de las campañas funcionan organizaciones de investigación, destinadas a orientar a las primeras, a indagar nuevas rutas, a aprovechar o interpretar los resultados mismos de la labor práctica, se obtiene una doble consecuencia. De una parte, la investigación se siente estimulada, urgida por la diaria necesidad de buscar soluciones que le demandan los órganos de la acción sanitaria. De otra, esta última acción se ejerce con mejor orientación y armonía.

Mucho se está haciendo hoy por dar expresión real a esa conexión indispensable. Por mi parte, he querido seguir tal camino al frente del laboratorio de investigación de la lepra. No es una vana especulación lo que allí nos ocupa, sino la búsqueda afanosa de solución para los grandes problemas que la terrible enfermedad plantea en el país. Problemas individuales, tragedias dolorosas, las más dolorosas de todas. Problemas

colectivos, problemas fiscales que no puedan ser mirados con indiferencia. La defensa eficaz contra la lepra envuelve su diagnóstico precoz, el tratamiento de resultados positivos, la determinación de sus formas peculiares de desarrollo y posible transmisión. Son todas cuestiones de interés inmediato y alrededor de las cuales, mejor que en cualquiera otro campo, se hace visible la posibilidad de dar desarrollo y aplicación a las soluciones que la larga experimentación nos vaya permitiendo revestir de un carácter rigurosamente científico.

Tengo que agradecerles de nuevo, señor doctor Castro, el que con tan nobles palabras os hayáis referido a esa posición mía que no es sino la simple interpretación de los deberes que tenemos como profesionales y como ciudadanos. Matriculados de soldados de la ciencia en una época que señala la más ruda lucha entre ella y las dolencias humanas, y habitando en un país donde la lepra constituye la más terrible, si bien no la más extendida de esas dolencias, es apenas natural que ocupemos el lugar más apropiado para la lucha y escojamos un camino que abre por lo menos esperanzas que nunca pudieron ofrecer la rutina y el empirismo.

El otorgamiento del título que ahora me entregáis es una muestra de que las instituciones científicas del país comparten las ideas que acabo de enunciar no sólo sobre la necesidad de la investigación sino sobre el deber y la conveniencia de ponerla al servicio de la acción práctica para orientarla y ser a su vez estimulada por ésta. Al aplaudir el esfuerzo realizado por mí, la Universidad de Antioquia hace a la vez un gesto de orientación, dotado de todo el valor que le comunican su prestigio como institución, y la alta categoría científica de quienes rigen sus destinos.



# DISCURSO PRONUNCIADO EL 29 DE MARZO EN LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA POR EL PROFESOR MIGUEL JIMENEZ LOPEZ

La emoción de la hora presente embarga nuestros ánimos y se cierne sobre esta reunión un hálito de infinita pesadumbre que nubla los semblantes y las almas. No esperéis de quien os habla, amigo y admirador en todos los momentos de nuestro extinto Presidente, una descripción fría y serena de su personalidad ni de su obra. Yo muy bien sé que en este recinto severo no debieran hablar sino el análisis y el razonamiento, y que la exacta valorización de una vida dedicada a la labor científica, como fue la del profesor Federico Lleras Acosta, hubiera de ocupar esta hora solemne que la Academia de Medicina consagra a su memoria. Empero, aun para los hombres y para las corporaciones dedicadas a la ciencia, el sentimiento tiene también sus altos fúeros y a igual título que para el resto de los hombres, el afecto y la emoción son patrimonio de quienes nos damos al estudio y, antes que obreros del saber, somos, como lo dijo el vate antiguo, hombres de corazón, con todo el humano sentir de quienes conocen a fondo la triste y flaca naturaleza humana. Y es movido, ante todo, por ese hondo pesar, como he venido a ocupar esta tribuna, desde la cual no os hablará sino el acento conmovido de quien siente la ausencia de un compañero, de un amigo, de un maestro incomparable.

Tiempos vendrán en que la crítica insospechable de algún biógrafo distante en el tiempo y en el afecto del profesor Lleras Acosta, consagre en rasgos definitivos y justicieros el verdadero valor de su esfuerzo científico y su auténtica silueta espiritual. Por hoy, básteme para llenar una ritualidad académica, benévolamente encomendada por mis colegas, esbozar solamente algunos trazos fragmentarios y fugaces del sabio desaparecido en remotas latitudes, cuando las voces imperativas de la Ciencia y de la Patria lo llevaban a una prueba de magnitud ecuménica para sus empeños de veinte años, frente a frente con la lepra, el milenario problema y el viejo flagelo de la humanidad.

No es de extrañar que Federico Lleras se sintiera atraído desde tem-

prana edad por los estudios científicos, si su conformación mental y el jugo de su raza lo orientaban por modo casi fatal a esa noble actividad del espíritu. Una disciplina cualquiera, así sea la del músculo, la de la voluntad o la de la inteligencia, que se cultiva con constancia y con amor en una o varias generaciones humanas, crea, como es natural, el pliegue atávico que se traduce en los individuos, no sólo por una decidida e invencible inclinación, sino también por aptitudes relevantes, con frecuencia excepcionales, para el género de actividades que ejercitaron los antecesores. En la sangre de los Lleras ha bullido, desde los albores de la república, la vocación para el estudio de las ciencias, para el magisterio, para las altas disciplinas de la inteligencia. Es curioso anotar que el primer emigrante de ese apellido que pisó nuestro suelo, a principios del pasado siglo —un catalán de pura cepa, nacido en Barcelona— llegó a Colombia bajo el rétulo y con la calidad de oficial de marina retirado y dedicado al comercio. Es presumible, sin embargo, que este comerciante de ocasión hubiera sido más bien vástago trashumante de alguna vieja estirpe de intelectuales, que más tuvieran que ver con los pedagogos e inventores en que ha sido tan fecunda la ciudad condal, que con sus hombres de finanzas, ya que don José Manuel Lleras, trasplantado a Colombia, ha sido la cepa de una serie de generaciones, que habiendo dado de mano a las cosas del comercio, se han consagrado, como consigna familiar, al cultivo de las ciencias, a la educación de varias generaciones y a muy altas y nobles disciplinas de la inteligencia.

Ha quedado en la memoria de las gentes el célebre don Lorenzo María Lleras, hijo del anterior, doctor en ciencias jurídicas, político exaltado, grande amigo del general Santander, rector del Colegio del Rosario, rector y fundador del Colegio del Espíritu Santo, miembro de la cámara de representantes, periodista, vocal del Consejo de Gobierno en 1862, cultivador de la poesía y animador de grupos teatrales. Y si fue múltiple en sus actividades intelectuales, no lo fue menos en su descendencia, pues de diez y nueve hijos que dio a la república, todos fueron personas de estudio y cultivadores muy aventajados de diferentes ramos. Hubo entre ellos literatos, lingüistas, profesores de humanidades, matemáticos, naturalistas y filósofos. Es de anotarse que en el destino de esa copiosa y lucida generación tuvo parte no escasa la sangre de los Triana, allegados del eminentísimo botánico José Triana, que los Lleras recibieron por la línea materna.

El padre de nuestro lamentado colega, don Federico Lleras Triana, fue un aventajado profesor de ciencias matemáticas, que colaboró en muchos planteles de educación y que murió en plena juventud, no sin haber dejado su nombre vinculado a varios textos de enseñanza matemática, muy apreciados y populares en su época.

Hacia los últimos años del pasado siglo, Federico Lleras Acosta coronaba con especial lucimiento sus estudios de Bachillerato en el Cole-

gio Nacional de San Bartolomé. No habían sido especialmente marcadas en los hombres de su raza las inclinaciones a la medicina, pero el pliegue científico estaba ya reciamente impreso en su inteligencia y, a ejemplo de Arloing, de Triper y de tántos otros prohombres de la ciencia francesa, se dirigió Lleras al estudio de la medicina veterinaria, que por entonces se iniciaba en Colombia bajo el sabio impulso del profesor Claude Vericel. Ese estudio y ese maestro decidieron de la vocación científica de Lleras Acosta y lo orientaron hacia la línea de la Bacteriología, donde habría de hacer tan largo recorrido como un iniciador y como un fino y sensible asimilador de una ciencia que nacía.

Hay que convenir que el empleo del microscopio y de los métodos de laboratorio, como auxiliadores de la medicina, fueron de una implantación tardía, lenta y laboriosa en nuestra patria. Los textos de enseñanza de la Facultad de Medicina estaban ya basados sobre esta nueva manera de explorar los organismos y de caracterizar las enfermedades; los estudiantes que regresaban de Francia, de Alemania y de Inglaterra venían imbuidos de las técnicas recientes, basadas en la Química y en la Bacteriología, pero en la práctica, el clínico se veía entre nosotros reducido a los recursos clásicos y tradicionales, sin poder llamar en su auxilio los métodos ni las exploraciones que el Laboratorio brindaba a todo momento en medios más avanzados.

Lleras Acosta tuvo el mérito indiscutible de crear en Colombia el primer laboratorio particular de química orgánica, de bacteriología y de parasitología, digno de su nombre. Mérito mucho mayor, si se tiene en cuenta que esa iniciativa tuvo principios muy modestos y fue llevada a cabo con elementos propios, con recursos de emergencia, con adaptaciones ingeniosas, que si hacían honor a quien nunca había visto las instalaciones de los grandes centros, fallaban muchas veces en su funcionamiento, y así iban formando en nuestro bacteriologista vernáculo una experiencia, a veces dolorosa, pero que había de serle de gran valor con el correr del tiempo.

Pero, así y todo, con su incipiente instalación, con sus escasos elementos, con su aparataje en gran parte improvisado, el laboratorio de Lleras Acosta fue desde sus principios un invaluable auxiliar para el ejercicio de la medicina en Bogotá, y fuéra de la capital. La química aplicada a la clínica y las exploraciones bacteriológicas en sus diversas formas fueron, desde 1906, en que empezó a funcionar el laboratorio Lleras, un recurso de investigación y de tratamiento de las enfermedades a que muy pronto se habituaron los médicos y que imprimió a la ciencia nacional un avance que no ha sido hasta hoy justamente apreciado.

Y es que, en medio de las dificultades de toda obra creadora, dos excelsos atributos espirituales caracterizaron a Federico Lleras Acosta: una voluntad invencible para el trabajo y una inteligencia abierta de

par en par a toda corriente científica y de auténtico valor. No era necesario más para modelar al hombre de ciencia que todos admiramos en Federico Lleras: emprendedor, constante, incansable en su labor, de una austeridad mental a toda prueba, firme en sus convicciones, vehemente en sus empeños y reacciones, atento a todo avance de las ciencias que profesaba, vigilante para captar todo perfeccionamiento en la técnica de sus disciplinas. Estas altas condiciones habrían bastado para caracterizar al hombre de estudio totalmente logrado y ejemplar. Pero había algo más en nuestro lamentado colega, y era su espíritu amplio, acogedor, y comunicativo, sin repliegues ni egoismos, y dispuesto en todo momento a trasmitir sin reservas a los demás las adquisiciones de su mente y todo el tesoro de sus conocimientos. Por eso fue Federico Lleras Acosta algo más, algo mejor que un trabajador científico: fue él un verdadero maestro, en la más noble y amplia acepción de esta palabra.

La objetividad de su talento se reveló seguramente con mayor certeza a su insigne maestro Vericel que a otro cualquiera, en el tema y desarrollo de su tesis de doctorado, intitulada: "Inspección sanitaria de las carnes", donde una serie de problemas de salubridad pública era planteada y en parte atendida con soluciones acertadas.

A este trabajo siguieron otros, ya llevados a cabo en su propio laboratorio, entre los cuales merecen mencionarse el "Estudio sobre el Carbón Sintomático en la Sabana de Bogotá", que dio ocasión a Lleras para aislar y cultivar por primera vez en Colombia el bacilo del carbón y, como aplicación práctica del más alto valor, para preparar una vacuna ant carbonosa que prestó incalculables servicios a la industria pecuaria de nuestro país. Ese estudio fue presentado a la Academia Nacional de Medicina en el año de 1908 y ello lo distinguió desde entonces llamándolo a su seno como miembro de número.

Vino en seguida la monografía intitulada "La Ranilla o Malaria Bovina", presentada al gobierno nacional en el año de 1909. Esta entidad patológica, el gran flagelo de los ganados en Norteamérica y en las colonias inglesas, y que tántos estragos causaba en la población bovina de Colombia, fue magistralmente estudiada por Lleras con excelentes preparaciones microscópicas y con indicaciones clínicas y profilácticas muy oportunas, que son hoy todavía del más alto valor para los que se dedican a la industria ganadera.

Unas veces en la instalación privada, otras en laboratorios oficiales cuya dirección le fue encomendada, continuó Lleras Acosta emprendiendo y publicando infinidad de estudios, todos inspirados en el noble designio de mejorar nuestras condiciones sanitarias. Fue él quien llevó a cabo el primer estudio bacteriológico de las aguas de Bogotá en el año de 1908. Presentó en seguida su "Investigación del bacilo de Koch en la orina" a las sesiones científicas del centenario en 1910.

Más tarde, en colaboración con el profesor José del Carmen Acosta, presentó al congreso médico de Tunja, en el año de 1919, el muy interesante trabajo que lleva por título "Tratamiento del tabes por el suero salvarsanizado". Este método, que los profesores Lleras y Acosta y algunos otros profesionales de Bogotá pusimos en práctica por algunos años, es de aquellos que inexplicablemente han caído en desuso, pues sus resultados fueron sencillamente admirables, en una estadística que comprende no menos de treinta casos de tabes, que no solamente fueron detenidos en su evolución, sino que retrocedieron en los más de sus síntomas.

Al mismo congreso médico de Tunja presentó el profesor Lleras, tomas.

en colaboración con el profesor Calixto Torres Umaña, la memoria titulada "Epidemia de enteritis de los niños, producida por el enterococo", la que a más de su valor clínico y bacteriológico, tuvo como hecho de aplicación, la producción en el laboratorio Lleras de vacunas inyectables e ingestivas, que son un arma poderosa en manos de los prácticos para el tratamiento de la temible afección infantil.

Atento siempre a todo adelanto que en otros medios se lograra en los campos de la Bacteriología y de la Serología, se apresuró Lleras a seguir los métodos de Bredeska para la preparación de los anti-virus bacterianos. De esta suerte, en colaboración con el profesor José del Carmen Acosta, preparó y aplicó los anti-virus estreptocócicos, lo que le dio lugar a una nueva comunicación a la Academia de Medicina, que llamaron sus autores "Nuevas Orientaciones en el Tratamiento de la infección puerperal". Sin detenerme en los detalles de esta importante comunicación, básteme consignar el hecho de que este nuevo tratamiento por los filtrados de estreptococo, aplicado en la Maternidad de San Juan de Dios y en la población civil, ha hecho bajar la mortalidad de la septicemia puerperal de un 85% a un 35%.

Omito, por no alargarme demasiado, muchos otros trabajos de Lleras, todos ejecutados a conciencia, sobre temas de actualidad, y fecundos en aplicaciones prácticas, para hablar brevemente de la obra a que consagró sus últimos años y los mayores esfuerzos de su vida científica.

El problema abordado por Lleras fue, como todos lo sabemos, el de la lepra, y cuatro de los puntos esenciales que se propuso esclarecer: el cultivo del bacilo de Hansen; la inoculabilidad del mal a las especies animales; la fijación de una reacción serológica para diagnosticarlo, y la posibilidad de producir en animales inoculados un producto biológico como tratamiento causal de la enfermedad en la especie humana.

Sin el menor designio polémico, he de expresar mi convicción de que Lleras llenó el primero de sus propósitos, el cultivo del bacilo de Hansen, merced a dos ideas que le fueron propias y originales: la de acudir como fuente bacteriana, no al leproma, como se había intentado

hasta entonces, sino a la sangre del enfermo, como lo había hecho Löwenstein para el cultivo del bacilo de la tuberculosis, y el acudir, como medio llamado de Petragnani, que tan completos resultados acaba de dar en el cultivo del mismo bacilo de Koch. Estos dos hechos de técnica son ya una innovación que es preciso apuntar al activo de nuestro malogrado compatriota. Y que los cultivos así obtenidos, vivaces y constantes, son de bacilo de Hansen, parece que en opinión de los expertos, es hecho que no se presta a dudas, en razón de los caracteres morfológicos como químicos tintoriales y biológicos de los cultivos en cuestión, que se han mantenido constantes en más de ochenta replantes sucesivas y aun cambiando de cultivo.

El segundo de los objetivos mencionados, o sea la posibilidad de inocular la lepra a algunas especies animales, igualmente lo realizó el profesor Lleras, y después de él, lo han realizado otros experimentadores nustros, en el ratón blanco, en el macaco, en el conejo y en el curí. Las lesiones producidas en estas especies por la inoculación, por diferentes vías, de los cultivos obtenidos por Lleras, han sido comprobadas por una respetable comisión de anatomo-patólogistas de nuestra Universidad, como representativos de los caracteres propios del nódulo leproso.

La reacción serológica para el diagnóstico de la lepra, o sea la Reacción Lleras, representa otra iniciativa propia del profesor Lleras Acosta. Antes de él, se había intentado sin resultado una reacción de desviación del complemento partiendo como antígeno de la lesión leprosa. Lleras partió de sus propios cultivos para ponerlos en presencia de la sangre del individuo en exploración, y así ha llegado a resultados que son posiblemente los que han suscitado mayor contradicción. No quiero en esta vez anticipar una conclusión que sólo está en manos de las grandes autoridades científicas formular, después de pruebas rigurosas. Solamente anoto que una estadística de siete mil casos y el concepto favorable de altas autoridades científicas europeas y americanas, son algo más que un principio de control, que la ciencia universal no puede desechar.

El cuarto y último propósito de Lleras Acosta, el poder llegar a obtener de los animales inoculados un suero preventivo y curativo de la lepra, habría sido la culminación de su obra y es lo que la muerte ha borrado por ahora de nuestras perspectivas. Queda, sin embargo, trazada la ruta por este zapador de la ciencia que fue Lleras Acosta, para que algún trabajador científico en día no lejano pueda pisar la tierra prometida...

Cuál es el veredicto que el porvenir ha de pronunciar sobre esta labor paciente y silenciosa de nuestro compatriota? No es aún el momento de decirlo. Quizá los acontecimientos recientes con su apariencia adversa y casi trágica, estén trabajando mejor de lo que imaginá-

ramos, por haber un halo de luz en esta hora sombría que nos ha sido deparada por la muerte. Mientras tanto, la Academia Nacional de Medicina, que fue la primera a quien Lleras reveló sus realizaciones y sus esperanzas, la que tuvo a bien llamarlo a presidirla y la que hoy se cubre de duelo por su muerte, ha consignado su omnímoda confianza en la obra del sabio con las siguientes proposiciones sobrias y previsoras, aprobadas en la sesión del 14 de diciembre de 1937:

Primera.—Las investigaciones del profesor Lleras Acosta son de un alto valor científico y deben continuarse para poder fijarles su valor definitivo en relación con la bacteriología de la lepra.

Segunda.—La reacción serológica de Lleras puede considerarse como la parte más importante de sus trabajos y ofrece perspectivas de extraordinario interés en su aplicación al diagnóstico y profilaxis de la lepra.

Tercera.—Los trabajos de investigación a que nos referimos representan un progreso indudable en el estudio de la lepra y merecen todo el apoyo que les han dispensado el gobierno nacional y la Academia de Medicina.

Cuarta.—Copia de estas conclusiones deben pasarse al gobierno nacional por conducto del señor ministro de educación.

No siempre el mérito — y especialmente el mérito científico — de un hombre, se puede valorar por las distinciones o por los honores que le son discernidos. No es raro, por desgracia, el caso en que las más auténticas ejecutorias de un trabajador de las ciencias o de las artes sean desconocidas por sus semejantes, y sólo un reconocimiento póstumo y baldío — aquel melancólico sol de los muertos, que dijo el poeta — venga a descorrer el pesado velo de indiferencia y desvío de sus contemporáneos. A Federico Lleras Acosta, con ser un hombre recogido, sereno y ajeno a toda vanidosa propaganda, no le fue, sin embargo, tan esquiva la estima de sus contemporáneos. Su obra silenciosa pero meritoria, se impuso a un medio profano y voluble, pero simpatizante con todo noble empeño, y le valió en vida no pocas distinciones próximas y lejanas, de aquellas a que son extrañas la intriga y la humillación. Entre otras, tuvo la de ser Profesor efectivo de Bacteriología y Profesor honorario de la Facultad de Medicina de Bogotá, Miembro de número de la Academia Nacional de Medicina, Fundador y Director del Laboratorio Municipal de Bogotá, Miembro del Consejo de Sanidad, Rector y profesor de la Escuela Nacional de Veterinaria. Director por varios años del Laboratorio "Santiago Samper". Director del Laboratorio de Investigación de la lepra, Doctor "honoris causa" de la Facultad Médica de Costa Rica, condecorado con la Cruz de Boyacá, Oficial de Instrucción Pública de la República Francesa y Caballero de la Legión de Honor.

Todas las investigaciones de Lleras en los campos de la Bacterio-

ología y de la Serología llevan el doble sello de la probidad mental y de la finalidad humanitaria. Era él un trabajador que, llevando como lema la búsqueda recta y tenaz de la verdad científica, veía en todo aquel esfuerzo un bien posible para la humanidad, una dolencia que combatir o una enfermedad por evitar.

No habré de terminar esta exposición sin destacar algunos de los rasgos más dignos de admiración en el carácter de Federico Lleras Acosta.

De él puede decirse que a más de las dotes de inteligencia y voluntad que fueron grandes y excepcionales, había como determinante de su personalidad, un corazón. Un corazón que se prodigó, ante todo, en los afectos de un hogar bello y completo, donde alentó sus desvelos y fatigas una compañera digna del luchador por la delicadeza y la elevación de su alma; hogar esmaltado por renuevos que prolongarán en el tiempo las virtudes y la obra del sabio y del apóstol, y enaltecido por las más puras creencias y prácticas de la doctrina de Cristo, que Lleras profesó hasta el fin, con sinceridad, con entereza y con orgullo. Su misma consagración incansable a los estudios biológicos no fue una irradiación del amor desmedido que alentaba en su alma por la ciencia y por la humanidad. Hubo en él siempre una sensibilidad amplia y generosa a los dictados de la amistad. Cuantos se acercaron a él, a su mansión siempre abierta y acogedora, a su laboratorio, que era un lugar obligado para quienquiera que necesitaba una enseñanza o intentaba emprender algún estudio, pueden decir de su liberalidad para prodigarse a sus amigos, a sus discípulos, a la juventud en general, con cuanto sabía y con cuanto poseía. Para Lleras, la ciencia y el conocimiento no eran un privilegio individual, sino una misión para con sus semejantes. Así lo comprendió y así lo practicó toda su vida, y son muchos los hombres de ciencia de Colombia que, al lado de Federico Lleras y bajo su dirección, hallaron su camino y recibieron el primer impulso que con el tiempo los ha llevado a las más destacadas posiciones.

La última etapa de la vida de Lleras Acosta fue una lucha heroica entre la fragilidad de su organismo y el imperativo de su voluntad. Todos lo veíamos cómo, ante un programa de acción que él se había trazado, el cuerpo iba fallando día por día, en tanto que el espíritu se mantenía enhiesto y vibrante sobre la obra emprendida. Drama este conmovedor y edificante que ha enaltecido la vida de muchos grandes hombres. Parece que Lleras Acosta hubiese asimilado del inmortal Pasteur, no sólo el espíritu indagador y la fe en la experimentación; sino también aquella energía sobrehumana para luchar contra la endebil condición de la envoltura humana. Siempre que veía a Lleras sostenido en su aparato ortopédico, despreciando el dolor que le asediaba e inclinado sobre el microscopio o sobre la mesa de trabajo, venía in visiblemente a mi memoria la energía de Pasteur, herido de hemiplejia en

la flor de la vida y llevando a cima lo mejor de su obra con sólo la mitad de su cerebro. O aquel anciano pintor prerrafaelista que atacado de extinción visual indetenible en las postrimerías de su vida, logró robar a la sombra definitiva los últimos momentos de visión para trazar la obra culminante de su pincel invicto. Estos milagros de voluntad no los realiza sino quien lleva en su interior la savia del apóstol o el numen de los elegidos.

Y llegó, sin remisión, el final de este drama unipersonal y laceante, en escenario tocado de grandeza. La prueba decisiva iba a librarse allá lejos, a orillas del Nilo, cabe esas pirámides milenarias que han visto desenvolverse a su sombra tantas grandezas y decadencias humanas. Una lucha sin tregua se había librado durante veinte años, en un país remoto, entre el viejo enemigo de la especie, la sombría dolencia de Lázaro, y un espíritu empecinado en sorprenderlo y sojuzgarlo en sus últimos reductos. Y cuando tal vez la ciencia esperaba oír la nueva trascendente, he aquí que el portador de ella, como el mensajero de Maratón, cae sin vida en las playas del viejo mar latino, exhalando apenas con su voz desfallecida la palabra final, que debemos recoger como una consigna indeclinable: ADELANTE;

# **HOMENAJE EN LOS FUNERALES DEL PROFESOR LLERAS ACOSTA**

## **DISCURSO DEL PROFESOR JORGE E. CAVELIER**

Señores:

La ceremonia dolorosa que hoy cumplimos en ambiente emocionado, en la cual participo con admiración y afecto profundos y como vocero de la Academia Nacional de Medicina, no significa que todo ha terminado. Si hoy entregamos a la tierra los despojos de Federico Lleras Acosta para que se cumplan las leyes biológicas que rigen la materia, no quiere decir este hecho que abandonemos las armas por la desaparición de una vida, iluminada por un espíritu cuyos destellos tienen que prolongarse más allá de la muerte. Por encima de las mutaciones materiales los designios de lo Alto han dotado las fuerzas del espíritu con poder suficiente para perpetuarse al través del tiempo y del espacio!

Los hombres de la estirpe espiritual del Profesor Lleras Acosta caminan rápidamente hacia la inmortalidad por los senderos de la conciencia ciudadana. Si la tierra es ávida de frutos maduros, esta vez la primicia ha sido generosa y eximia, porque hoy recibe en su seno—para descanso en la lucha—un insigne batallador, un capitán de las legiones del saber, al hombre que pasó los mejores lustros de su vida inclinado sobre el microscopio como símbolo vivo de una idea, persiguiendo afanoso las modalidades del germen destructor, las formas imprecisas de la desgracia y de la muerte, el sufrimiento humano en todos sus aspectos y torturas.

La vida de un hombre consagrado al estudio, que traspasó los límites de la patria en alas de un reconocimiento a su saber, no puede esbozarse en líneas de dolor, que son éstas, escritas con la angustia del que siente macerado el corazón ante la pérdida irreparable del maestro. Se ha ido, como todos los grandes, silenciosamente y en la hora precisa en que la patria tenía puestos los ojos en él. Se apagó su vida en tierras lejanas mientras iba camino hacia la meta de su triunfo. Pero si es verdad que su voz se ha extinguido, su obra es el pedestal incombustible donde se erguirá para siempre, el que hoy y mañana es

maestro de maestros, educador de juventudes, dinamismo perenne, símbolo de un pueblo y gloria imperecedera de la patria.

Más allá del sentimiento, de las palabras y de los elogios, se levanta la figura del hombre sabio, que hizo de su vida un apostolado y que en el silencio de su laboratorio vio correr los años, los días y las horas, en imperioso anhelo de ser útil a la humanidad. Luchas ignoradas, desvelos innúmeros, largas vigilias sobre los libros, constante bullir del cerebro, anhelo infinito de hallar lo buscado... Y a la hora del triunfo, estética serenidad recompensa de los espíritus selectos que no sienten el deslumbramiento de la gloria.

El alma de la patria se ha estremecido porque uno de sus hijos dilectos ya no alienta su vida. Quizás pocos hombres han tenido una consagración tan fervorosa como la del profesor Lleras para sentir las pulsaciones en el corazón de la patria. Aunque ajeno a la política activa —si por ello entendemos el constante lucir ante las multitudes—, el profesor Lleras vio y sintió todas las horas angustiosas de Colombia y en todo momento estuvo listo con su sabio consejo para encauzar las finalidades que él anhelaba ver llegar para el progreso de nuestra patria.

Fue siempre hombre lleno de generoso optimismo, incansable perseguidor de una obra que repercutiera en bien social, y su docta palabra guió por caminos de cordura a todos aquellos que lo escuchaban. Conocedor profundo de nuestro ambiente y de nuestras modalidades, su obra tenía como fin primordial el beneficio de todos, llegando a imprimir el sello de su propia personalidad altamente humanitaria, a todo lo que pudiera ser un reflejo de su pensamiento.

Sensitivo a los problemas de la patria, erguiese vehementemente y solicitó en busca de una solución que trajera el bienestar para sus conciudadanos, sin que la influencia de un credo político, desviara su criterio y le diera tonalidades partidistas. Sereno en el concepto, pero a la vez altivo si su conciencia le mostraba el camino invariable.

Al llegar al hombre de estudio nuestro espíritu vuela años atrás, al modesto laboratorio inicial donde el profesor Lleras comenzó su grande obra. Calladamente, venciendo todos los obstáculos para implantar el espíritu de la investigación entre nosotros, trabaja incansablemente para llevar a la conciencia de sus colegas una nueva forma científica en la lucha contra la muerte. Creador de una conciencia que pudieramos llamar "bacteriológica", fue rompiendo las viejas murallas de innúmeros prejuicios; formó una nueva escuela de modernos principios; llevó la inquietud a la cátedra, al consultorio y al seno mismo de la sociedad. Su enorme lucha apenas sí puede concebirse para un hombre de su talla moral, de su abolengo espiritual y de su preparación científica, que no decayó ante nada y que tuvo como fruto innegable la repercusión de

todo un despertar innovador, fecundo en bienes y enaltecedor hasta el límite de la humana admiración para su creador y propulsor.

Seguir en la trayectoria de aquel camino de esperanzas y de luchas, de constantes inquietudes y no pocos obstáculos al sabio maestro, sería ahondar hasta los cimientos en la historia de nuestra moderna medicina patria. En cada triunfo de nuestros médicos se hallará la huella del maestro y cada gloria autóctona de nuestra medicina tiene entre sus hojas de laurel algo que es de la pertenencia del desaparecido.

Y así, en horas de intenso estudio, surgió en su mente una obra aún mayor que la ya realizada. Hondamente preocupado por el problema de la lepra, que lo sentía con alma nacional, encauzó toda su labor hacia la investigación del bacilo de Hansen, más con un afán humanitario en busca de salvar preciosas vidas, que con primacía de satisfacción científica. Incansablemente, robando horas a su justo descanso, por muchos años trabajó hasta llegar a la culminación de su esfuerzo, que concibió como solución a un problema de siglos y que transformaría completamente la concepción anterior. Se dio al estudio de esta magna preocupación que embargaba la mente de los hombres de ciencia de todo el mundo, hasta agotar sus fuerzas pero su obra culminó en triunfo, cuyos ecos son timbre de orgullo para nuestra patria y merecida exaltación para el infatigable luchador.

Muchas almas seguían anhelosas este proceso de redención; en muchos corazones la esperanza abrió nuevos horizontes y la patria misma vibró entusiasmada ante la realidad de este esfuerzo victorioso, que mostraba una claridad hasta entonces no vislumbrada.

Pero hay algo en la obra del profesor Lleras que es preciso grabar: el hombre de estudio era ante todo una conciencia sensitiva al dolor humano. Ante el enfermo desaparecía el primer plano del investigador para dar paso al médico consciente de su misión, al hombre que sentía las torturas de su prójimo como si fuera su propia carne. No olvidaré jamás su forma peculiar ante un problema de esta índole y como una pincelada para estamparla, siento vibrar su voz vehementemente cuando afanoso me buscaba para decirme, antes de dar su concepto de bacteriólogo ante un caso en que le solicitaba investigar bacilo diftérico: "Póngale suero a su enfermo", frase rotunda que pinta, al hombre humanitario, a aquella alma exquisita, a aquel corazón generoso, que todo lo posponía ante un problema de vida o muerte, o algo que significara suprimir un dolor o mitigar un sufrimiento.

Y lleguemos a su hogar, ennoblecido por todas las virtudes y en el cual compartía con su digna e inmejorable compañera, el cetro de todas las modalidades del afecto, la ternura infinita de la familia agrupada a la hora del descanso, ansiosa de enjugarle el sudor de la lucha diaria y de devolverle el vigor gastado en la dura brega. Allí, ante el fuego de ese nido de amor y de respeto, veía surgir en su mente cons-

tructora la concepción de las grandes realizaciones de su vida y brillaba esplendoroso el conjunto armonioso de la familia, base y sostén de nuestra sociedad. De ese ambiente de paz y de sosiego, de afecto entrañable, nacía su ánimo invencible para realizar sus empeños y sacar triunfantes sus ideales.

No todo lo ha destruído la aleve segadora que en tierras lejanas interrumpió el hilo luminoso de esta gran existencia. Parécesme que ella, que nunca vacila en su labor destructora de desolación e infortunio, sintió temor de realizar su obra en el seno mismo de esta sociedad que lo admiraba y quiso sustraerlo del ambiente, infundiendo en el ánimo del maestro fuerzas suficientes para emprender su viaje y poder ella, así, descargar a traición y en medio extraño su golpe fatal. Pero ni aún así logró toda la culminación de su propósito, porque el amor filial que nunca lo abandonó, recogió el aliento último de tan preclara existencia: amortajé con solícito cuidado su flaca naturaleza y en guardia permanente del más profundo sentimiento, nos devuelve a nosotros al maestro, que lo recibimos con acongojado sentimiento de dolor, entristecido el cielo de la patria, pero agradecidos de poder guardar con religioso respeto, con sincera admiración, lo que es tan nuéstro.

---

## DISCURSO DEL PROFESOR CARLOS TIRADO MACIAS

“En esta época de exaltación de la incapacidad que nos ha tocado vivir, Federico Lleras Acosta representaba la excepción confirmadora, encarnada en aquel solitario glorioso, por desgracia vigilado tan de cerca por la muerte que parecía como que ésta se gozara en hurtarle minuto a minuto elementos de vigor, a aquella complejión endeble que ya en los últimos años de su existencia daba la impresión del leño desmedrado por el azote de la tormenta, pero sobre el cual cintilaba el fanal indeficiente de su inteligencia, rebelde a la voz que lo llamaba con urgencias sombrías desde la tumba y orientada sólo por el eco doliente de las multitudes signadas por el mal tremendo que los hombres de todas las épocas reputaron como el castigo supremo de númenes vengadores.

No llegó Federico Lleras como un aparecido al estrado severo de la investigación científica. Tampoco lo colocó el acaso en el puesto de comando en donde rindió la vida. Una larga preparación universitaria que constituye el núcleo central de la grandeza futura de la inteligencia, aun cuando sostenga lo contrario el concepto peregrino de que la ignorancia o el dilettantismo eufórico pueden servir de pasaporte para labor trascendental alguna, armonizó los contornos de la estatura intelectual y moral de ese hombre que rebasó los lindes de la patria, llevando a tierras lejanas el concepto rectificador de nuestro atraso; porque acostumbrado a investigar en el mundo de lo infinitamente pequeño, adiestró sus ojos en las lentes de aumento de sus aparatos, para aprender a explorar los horizontes ideales de lo infinitamente grande.

Hermosa la trayectoria que dejó en la vida la obra inmortal de Federico Lleras. Su primitivo laboratorio particular amparado por los muros tutelares del hogar que él, ejemplarizaba con sus virtudes, fue el primer auxiliar definitivo que tuvimos los médicos en ejercicio en la capital de la república. Desde allí comenzó su labor de difusión científica a medida que vigorizaba sus conocimientos en la meditación y en el estudio. Y no hay exageración en decir que desde aquellos tiempos, no hubo problema de higiene nacional, de patología tropical, de sanifi-

cación de aguas, de tratamiento de nuestras epizootias, en que él no interviniéra definitivamente ora con el consejo, ora con sus iniciativas particulares que llevaban siempre el sello de una convicción integral, enraizada agresivamente en aquel espíritu de raza de combatientes.

No era cosa fácil discutir sus tesis. Las conclusiones a que él llegaba basadas siempre en la experimentación, quedaron afortunadamente consignadas en memorias, algunas de las cuales tendrán vida imprecedera en los anales de las academias y congresos a quienes iban dirigidas. Hay que releerlas para ver surgir de aquellas páginas vigorosas, la figura multiforme de aquel autor de originalidad pasmosa, encarado unas veces contra el principio de autoridad que repugnaba a su espíritu rebelde, sin miedo al qué dirán de la rivalidad o de la envidia y sin titubeos para colocar en el terreno movidizo de la controversia científica, los principios que le eran caros. Quien le saltaba a la palestra sabía que tenía que entendérselas no sólo con el hombre de ciencia sino con el polemista arriscado y ardiente que para rectificar sus errores, o para afirmar su verdad, no desconocía ninguno de los secretos del lenguaje escrito ni ignoraba ninguno de los recursos siempre viejos y siempre nuevos de la elocuencia humana.

Esas condiciones eximias tenían que llevarlo por derecho propio a la cátedra de bacteriología de nuestra Facultad Nacional de Medicina, porque preciso es confesar que fue allí donde nació entre nosotros el principio de que las cátedras se hicieron para los hombres y no los hombres para las cátedras. Vinculado a una clara estirpe de preceptores llegaba él hasta las inteligencias infantiles con la difícil facilidad que preconizaba Esopo. Inflexible en el cumplimiento del deber chocó mil veces con el estudiantado que lejos de guardarle rencor, se inclinó siempre con orgulloso respeto ante los triunfos exaltadores del rígido maestro que frente al ademán cordial, cambiaba sus reacciones súbitas por el gesto paternal de tenderle las manos, portadoras de aquel espíritu que recogía, a manera de un diapasón ideal todas las vibraciones ennoblecedoras del sentimiento humano.

Los últimos años de su existencia los dedicó Federico Lleras a sus investigaciones trascendentales sobre la lepra. Me tocó contemplarlo muy de cerca en aquella labor agobiadora. Rodeado por las víctimas mutiladas por el flagelo inmisericorde y lento; con las manos mordidas por las bestezuelas del laboratorio hechas agresivas por la aguja atormentadora del experimentador; con la cerviz inclinada por la dolencia que le impedía levantar y sacudir la cabeza como en los tiempos moceriles, orgullosa con el hervor generoso de su pensamiento; magro y trajeado de blanco recorriendo las diversas dependencias de su laboratorio, daba la impresión del apóstol que vigilaba insomne el huerto de los olivos de los dolores de la patria!

Incansable en su empeño por despejar la incógnita secular, él no se

daba tregua ni reposo. Ciento es que su organismo se debilitaba ante la magnitud de la empresa, pero en cambio, su inteligencia se vigorizaba ante la complejidad del análisis que comportaba el problema. Y de esa pugna prodigiosa entre la fortaleza y la debilidad, surgieron conclusiones que no podían ser definitivas, como lo puntualiza en síntesis admirable nuestra Academia Nacional de Medicina, después del estudio razonado y frío que hizo de la memoria inmortal de Federico Lleras sobre bacteriología de la lepra.

Miguel Jiménez López, otro gran pensador que honra al país con sus conocimientos y con la alcurnia generosa de su inteligencia, en el elogio magistral de Lleras que pronunció ante la docta corporación en pleno, cimentó sobre bases incombustibles el valor científico de esos estudios que desgraciadamente quedaron truncos porque así lo dispuso un designio siniestro de la fatalidad.

Verdad es que a la obra de Federico Lleras, por lo trascendental y lo reciente, le faltaba el requisito indispensable de la discusión internacional. El congreso de leprólogos recientemente reunido en El Cairo le iba a proporcionar la oportunidad de someterse a aquella prueba decisiva. Y hacia allá se dirigía, estimulado por el fuego vital de sus convicciones, sin miedo de nadie ni de nada porque en eso estribaba la reciedumbre seductora de su personalidad.

"No le pido a la vida, solía decirme en la intimidad, sino que permita llegar hasta el congreso para verificar delante de sus miembros mi reacción, respaldada por una estadística que creo que no puede presentar experimentador alguno y para someter al control de ellos mis inoculaciones y mis cultivos. Si ellos me demuestran que estoy en el error, el derrotado será Federico Lleras; pero si estoy en la verdad, el honor será para la patria". Yo pregunto, señores y señoras: ¿Se le podría exigir más a ese apóstol? ¿Se le podía pedir más a ese raro varón de selección, que tenía el valor de tener ideas en estos tiempos enanos que vivimos en que tantas nobles ideas se deforman, para esclavizarlas cobardemente al rumbo acomodaticio de los vientos?

Quien consumió su existencia en la busca denodada de un remedio para el mal irreparable, tenía que encontrar en el mundo interior de sus afectos el antídoto contra la crueldad con que lo asechaba la muerte. El viaje que tenía que emprender era largo y penoso y lejana la tierra cargada de leyendas sobre el mismo flagelo que azota nuestra raza. No podía llegar hasta ella su invalidez sino conducida por las manos que él mismo aleccionó con mimo paternal desde la cuna, para que les sirvieran de sostén en el tormento de la despedida suprema. Y cuando en una playa extranjera, comenzó a aquietarse para siempre aquel corazón que tanto había latido para la patria y para el dolor ajeno, esas manos empapadas en llanto, cayeron como flores milagrosas sobre sus ojos para irlos cerrando poco a poco a la vida terrena, con el nepen-

tes taumaturgo de la ternura filial. Ellas mismas nos lo devuelven hoy a la patria convertido en esos despojos inertes sobre los cuales vamos a arrojar, como homenaje supremo, un puñado de la tierra que fecundó para él sus mejores laureles y las mejores corolas de su primavera perpetua. Hasta la tumba que hoy se abre para recogerlos piadosamente, llegará siempre, como el eco de una oración sin palabras, rumores de sollozos que vienen de nuestras dos ciudades del dolor, habitadas por los hijos de Lázaro, que vienen del hogar que él dignificó con sus virtudes; que vienen de la patria entera herida en la mitad del alma, por el mandoble trágico que tronchó para siempre la mano valerosa que levantaba la antorcha de una esperanza; y que vienen del claustro de la Facultad Nacional de Medicina, en cuyo nombre habla en esta triste ocasión, la más insignificante de sus unidades científicas.

Señoras y señores, he dicho.



## DISCURSO DEL DOCTOR ROBERTO CONCHA

Federico Lleras Acosta: qué gran nombre para llenar la historia de la bacteriología en Colombia, ciencia que tuvo infancia insegura y balbuciente, nimbada con el halo de lo mágico, rodeada por el temor ignaro de la superstición, repudiada en veces por sus fieles hermanas la química biológica y la clínica y, en fin, sacada de las redomas de la alquimia y llevada a su trono, en donde, como ante el ara de un templo, se consumió la vida de su apóstol; que esto y nada más fue Lleras, desde su inconfundible contextura física, que parecía pequeña para contener la inquietud de su espíritu, que así como desbordaba sus quereres sabía matar a flor de labio, con latigazos de ingenio la hiel que lo amargaba, hasta en su manera de erguirse por encima de los de abajo y de los de arriba cuando, a fuer de convencido, se superaba en sus amores y en sus odios.

Todo en él era ritmo: ritmo la lucha, ritmo el amor, ritmo el dolor y la pasión y ritmo el triunfo. Fue el yunque que aguantó cuando era yunque; martillo que golpeó si fue martillo.

Recordar su figura de los últimos años: parece que airada la naturaleza con quien luchaba por arrancarle sus más íntimos secretos, al no poder doblegar la altivez de su espíritu erguido, lo estilizó en su carne, sometiéndolo a la tortura de la mecánica rigidez de la ortopedia.

Y así se me antoja evocarlo ahora, en una paradójica plenitud de fuerza: en tensión como el arco que va a lanzar la flecha y en su esfuerzo se quiebra.

Los escultores griegos representaban al mensajero olímpico reflejando en sus rasgos el agotamiento del esfuerzo, cercano a la agonía; al transfigurarse en la sublimidad del triunfo, agitaba por encima de su cabeza el gajo de laurel; y así, este hombre, rendido pero triunfante, es un símbolo del trabajo humano, belleza suprema que no se logra sino con esfuerzo y, en suma, es signo y expresión de la voluntad, único medio para valorar la energía interior, llama que incendia y si destruye, créa.

A veces pueden calificarse como inescrutables designios de la Providencia los caprichos del destino: en playas de Marsella rindió la jor-

nada, apurando su copa de amargura, ya cerca de la gloria, un gran Mosquera; y en esas mismas playas, cerca también a la consagración de sus esfuerzos, muere Lleras.

Si en suerte tocó a Francia recibir el último aliento de esos dos grandes desaparecidos nuétros, la grande y noble Francia, la que asombró a la historia con un "De pie los muertos", tiene derecho a grabar en la austera serenidad de un sobrio monumento y en honor de Colombia estas palabras: "Aquí murió su santo. Aquí murió su sabio. Su Espíritu no ha muerto".

No has muerto, Federico: tu espíritu perdura; varones nobilísimos son orgullo de nuestro escudo y velan por tu alero. Se prolongan tu vida y tu obra en las del hijo y compañero que compartió contigo esa larga tarea de satisfacción y vigilias para amasar el pan de cada día y humanizar la canción del Padrenuestro; en una noble trilogía de padre, hijo y hermano, reencarnarás en el heredero de tu nombre y de tu labor científica.

Y entretanto, cerramos esta tumba con un piadoso manto de silencio.

---

---

# **EL GOBIERNO NACIONAL HONRA LA MEMORIA DEL ILUSTRE CIENTIFICO PROFESOR LLERAS ACOSTA**

“El Presidente de la República de Colombia,

## **CONSIDERANDO:**

Que ha muerto en la ciudad de Marsella el profesor Federico Lleras Acosta, quien viajaba a El Cairo, como jefe de la delegación colombiana a la IV conferencia de leprología;

Que el profesor Federico Lleras Acosta era presidente de la Academia Nacional de Medicina; jefe del laboratorio de investigación de la lepra y fundador de este instituto; profesor honorario de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, catedrático de bacteriología y parasitología de la misma Facultad; que fue rector y profesor de la Escuela Nacional de Veterinaria; fundador y jefe del laboratorio municipal de Bogotá; director del laboratorio “Santiago Samper”, miembro honorario de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales; miembro de la Sociedad Dermatológica Francesa, doctor Honoris Causa de la Universidad de Antioquia, y miembro de la Sociedad Médico-Quirúrgica; que fue premiado con medalla de oro por el gobierno colombiano por haber preparado por primera vez en el país la vacuna contra el carbón sintomático y que obtuvo también el premio creado por el congreso nacional por sus trabajos sobre lepra;

Que en los últimos años de su existencia meritoria, con la salud quebrantada por varios lustros de trabajo incansable, había dedicado sus extraordinarias energías y conocimiento al estudio de los problemas de la lepra, llegando a conclusiones que fueron seguidas con atención en los círculos científicos mundiales y debían ser expuestas por él en la conferencia de El Cairo;

Que fue el primer hombre de ciencia que se especializó en Colombia en el ramo bacteriológico; que prestó eminentes servicios sociales en su laboratorio particular, ejercitando su profesión con desprendimiento inagotable y alto sentido humanitario, y que con su auxilio eficaz y único por espacio de muchos años la ciencia médica colombiana alcanzó grandes progresos;

Que como ciudadano fue ejemplar por su amor a la república, la integridad de su carácter, la rectitud de su vida privada, su constante

deseo de servir, y que como profesor educó varias generaciones de médicos colombianos que hoy lamentan su desaparición;

Que la nación debe honrar la memoria de sus hijos ilustres.

**DECRETA:**

Artículo 1º El gobierno considera duelo nacional la muerte del profesor Federico Lleras Acosta y presenta su vida a la gratitud y admiración de sus compatriotas;

Artículo 2º El laboratorio de investigación de la lepra, llevará en adelante el nombre de "Instituto Federico Lleras Acosta para la investigación de la lepra".

Artículo 3º El gobierno tomará las medidas adecuadas asesorado por la Academia de Medicina para dar a conocer los estudios del profesor Lleras y continuar sus investigaciones en el instituto que llevará su nombre.

Artículo 4º Por cuenta del tesoro se repatriarán los restos mortales del profesor Lleras Acosta y se harán solemnes exequias en la capital de la república.

Artículo 5º Un ejemplar de este decreto será enviado a la familia del profesor Lleras Acosta.

Comuníquese y publíquese.

Dado en Bogotá, a 18 de marzo de 1938.

ALFONSO LOPEZ

El Ministro de Gobierno,

*Alberto Lleras Camargo*

El Ministro de Educación Nacional,

*José Joaquín Castro M."*

**CREACION DEL PREMIO "LLERAS ACOSTA"**

*'Proyecto de Ley*

por la cual se honra la memoria de un hombre de ciencia.

El Congreso de Colombia,

**CONSIDERANDO:**

Artículo. Que el día 18 de marzo murió en Marsella el eminentísimo profesor doctor Federico Lleras Acosta, cuando se dirigía a la ciudad de El Cairo, a desempeñar una importante misión científica en nombre de la república;

Artículo. Que el doctor Lleras Acosta, consagró íntegra su vida a estudios e investigaciones científicos, con desinterés, patriotismo e idealidad dignos de todo encomio;

Artículo. Que en sus labores, que ya empezaban a tener honda resonancia en los más importantes centros culturales de otros países, puso siempre un elevado sello de originalidad y de afán creador como varón de sobresaliente inteligencia y noble corazón.

Artículo. Que fue maestro de varias generaciones, a quienes adiestró con la palabra, la acción y la depuración de los sentimientos, hasta el punto de que hoy existen meritorios discípulos que mantendrán vivo el fuego del entusiasmo por el trabajo paciente y la fe por la mejoría de la raza y el acrecentamiento de la ciencia, que el hombre eximio supo infundirles;

Artículo. Que fue fundador de instituciones benéficas y, con el decoro del hombre digno, aceptó elevados puestos como reconocimiento a sus méritos, siendo a la hora presente el presidente de la Academia Nacional de Medicina, el más alto cuerpo científico del país.

Artículo. Que sus posteriores investigaciones sobre el diagnóstico precoz de la lepra están demostrando, de modo categórico, su ansia indomable por servir a la humanidad desgraciada y engrandecer el nombre de Colombia.

Artículo. Que fue un patriota en el más pulcro significado de la palabra, y el jefe de un hogar modelo, resplandeciente de virtudes, donde vástagos ilustres prosiguen las trayectorias del eminentе genitor.

#### DECRETA:

Artículo. Declarase día luctuoso para Colombia el 18 de marzo de 1938, por ser la fecha en que desapareció el profesor Federico Lleras Acosta.

Artículo. Ofrécense la vida y acciones del doctor Lleras Acosta, como ejemplo digno de imitarse, a la juventud colombiana, que debe orientarse por sendas de estudio, de consagración, de honorabilidad, de sacrificio como lo hizo el varón excelsο, cuya muerte hoy conturba a la nación.

Artículo. Un retrato al óleo será colocado en el Salón de Grados de la Facultad de Medicina, y un busto de mármol frente al laboratorio del Hospital de San Juan de Dios, donde el sabio pasó sus últimos años, que lleva su nombre y que de hoy en adelante, se destinará para todo género de investigaciones bacteriológicas;

Artículo. Establécese desde la hora presente el premio que se llamará Lleras Acosta, destinado al mejor trabajo científico original sobre bacteriología, se adjudicará cada cinco años, y consistirá en la suma de \$ 5.000, que debe ser incluida en el presupuesto respectivo y su adjudicación reglamentada por el ejecutivo.

Artículo. El gobierno recogerá en un volumen apropiado todos los estudios del profesor Lleras Acosta para ser difundidos en los diversos centros científicos del país y de Hispano América.

Artículo. Los restos del doctor Lleras Acosta deben ser repatriados en tiempo oportuno y depositados en el cementerio de esta ciudad, en un monumento contruído por un artista nacional.

Artículo. Copias de la presente ley serán dirigidas en notas de estilo, al doctor Carlos Lleras Restrepo, a la Academia Nacional de Medicina, a las Escuelas de Medicina Nacional y de Antioquia, y a la familia del extinto.

Artículo. Los gastos que demande el cumplimiento de esta ley serán costeados por la república e incluídos en el próximo presupuesto.

Artículo. Esta ley regirá desde su promulgación.

Presentada al honorable senado por los senadores,

*Alfonso Castro, Manuel F. Obregón, Luis Felipe Pineda, Ricardo Zapata*".

#### *Exposición de motivos.*

Ninguna gesta de mayor mérito y trascendencia para el congreso, genuino representante de la república, que la honra discernida a los ciudadanos eminentes, que, merced a la excelsitud de sus vidas, han sabido dar prestigio y renombre a la tierra cuya fortuna ha sido nutrirlos con su savia moral, intelectual y material.

Constituyen ellos el legítimo tesoro del pueblo, el que da personalidad inconfundible y suprema grandeza a la nación, y son los que, con espíritu de videntes y el reflejo de sus acciones, donde palpita la dignidad y nobleza de la existencia, después de modificar favorablemente el ambiente poblándolo de anhelos generosos, se adentran en el futuro con paso definitivo para crear las rutas por donde han de transitar los hombres del mañana y embellecer la historia con páginas de ciencia, de energía, de heroísmo, de eso magnánimo, en síntesis, que constituye la cumbre del espíritu.

Tal la obra del profesor Federico Lleras Acosta, Verdadero representativo de nuestro pueblo y nuestra raza en lo que tienen de magnífico. Conquistador auténtico en el alto sentido del vocablo, con el enérgico gesto desprevenido de quien no teme la lucha y sólo contempla la grandeza de la causa que defiende. Sondeador eximio de admirables cosas misteriosas. Perseguidor invencible de la verdad, no obstante lo exiguo de su fisiología. Artista de ideales que representan el bien del prójimo. Maestro fervoroso que cincelaba las almas con ejemplo de pujanza y alto decoro viril, que en veces sonaban con la estridencia musical del martillo sobre la plata, que ha de formar más tarde el vaso pulido donde luzcan las flores, o la copa de contornos gráciles que apriisionará la transparencia del agua.

Espíritu transparente el de Lleras Acosta, y grávido de ritmos, no obstante las complicaciones y ansiedades del que torturado se mantiene por los interrogantes múltiples de la naturaleza.

Pero es que en el observar, recoger y organizar los materiales y elementos que aquélla nos ofrece, en armonizarlos de modo cuidadoso para que confluyan a la precisión de la lógica y den surgimiento a las leyes sobre que la ciencia se basa, existen tanto ritmo y euritmia como en el tejer una danza o aderezar un poema.

Espíritu que con semejantes dones se adorna, es alado y musical al par que ostenta el engallado gesto de dominio sobre lo trivial y mezquino. En continua rebeldía fructuosa, nútrese de ensueños, que de realizarlos han de dilatar los pulmones de la humanidad. Es magnánimo con la explosión generosa de la simiente, que arrojaba al viento no le importa el campo donde ha de retoñar la espiga ni la célula que ha de nutrir. Su esencia reside en ser donadora, en vibrar a distancia en difundirse por todo lo creado, convertida en molécula nutricia de sangre y nervios distantes. Crear, siempre crear, ampliando la maravilla de la vida que palpita en nuestro rededor.

El hombre de estudio en el gabinete de trabajo, domeñando el sueño y el cansancio, es el creador, el sembrador, la semilla fecunda. Olvidado de sí mismo, ajeno a las urgencias de la materia, piensa en la esfinge inmensa de la existencia, que si ofrece asechanzas y dolores, también, cuando se le clarifica siquiera en parte por medio de la ciencia y la virtud, brinda alivios y hasta alegrías a este pobre corazón atormentado.

Para el investigador y el estudiioso no hay placer comparable al de la supresión o alivio de un sufrimiento, aun en el más humilde de los seres humanos.

En la misma serenidad reconcentrada del espíritu, dominado por la inquietud creadora, y sometido a heroicas disciplinas, alienta el pensamiento placentero de la dádiva, que ha de despertar la cordialidad entre los hombres y delinear con marca imborrable los trozos de la cultura real.

Había que ver a Lleras Acosta en el laboratorio que él fundó, entre pipetas, matraces, caldos nocivos, todo en orden sugestivo, frente al microscopio, vívido el ojo, electrizados los nervios, persiguiendo la existencia o la coloración del minúsculo organismo causa de muerte o al menos de trastorno de un tejido.

Cuando encontraba lo anhelado, transformábase el hombre. Su mano adquiría el temblor de apasionado. La voz, un tanto opaca de costumbre, ofrecía tonalidades vibrantes de las que sólo dan la convicción y el entusiasmo. Endulcaba los conceptos con dominio hipnotizante. Trajeado de blanca blusa, iba de un punto a otro. El pensamiento asomábase al rostro con iluminación de alegría. No pensaba en sí mismo,

pensaba en los otros: en los beneficios que sus estudios reputarían a los hermanos desventurados, en el lustre que darían a Colombia. Era magnífico aquéllo, bello espectáculo moral e intelectual digno de grabarlo de modo indeleble para lección imperecedera.

Su labor de años y años; la constancia en el trabajo; la fe en grandiosos ideales; el amor a la ciencia; la práctica constante de virtudes varoniles; los estudios que deja, saturados de ideas densas y originales; las enseñanzas que regó por doquiera, son cuestiones que en manera alguna puede olvidar una república como la nuestra, cuya máxima aspiración es el acceso a la más alta cima de los pueblos libres, no por el empuje de las armas, sino por el vuelo y rectitud del pensamiento.

Bastábanle a Lleras Acosta los solos trabajos ejecutados sobre diagnóstico precoz de la lepra, para acreditarlo como uno de los colombianos más meritorios de los tiempos modernos.

Queremos suponer por un instante, que en el congreso científico que ahora se reúne en El Cairo y del cual no logró formar parte el maestro inolvidable por las misteriosas veleidades de "la gran niveladora", no tuvieran aquéllos la total aceptación de los hombres de ciencia. Mas eso no les restaría mérito alguno.

Quedan la energía desplegada en la obra, la nobleza de la concepción los senderos trazados a los nuevos investigadores, el ejemplo desparlado por la América pensadora como un mensaje de victoria y esperanza.

Y ello es más que suficiente para discernir la amarga y simbólica hoja del prestigio a una personalidad tan vigorosa y enhiesta como la de Lleras Acosta.

Con la resiembra del ejemplo del gran luchador, basta, sólo para que la patria haya contraído una deuda de gratitud imperecedera.

Es una vida pulcra, de trabajo y ebullición de pensamiento la que se ofrece a la juventud para que siga sus huellas luminosas. Lección viviente de largos días febriles, en que un cerebro esclarecido, de originales y enérgicos arrestos, palpitaba como llama con el intento de disipar misterios que hoy torturan la condición humana.

Lección viviente que continúa, no obstante la carne del varón dignísimo haberse difundido en la tierra, porque las enseñanzas de los pensadores y máximos trabajadores no las destruye la muerte. Al contrario, conviértete en enjambre rumoroso y en rubia miel, como la que extrajo el gigante de la Escritura, animado por el espíritu de Dios, de la boca del león que había destrozado.

Honorables senadores: convencida está vuestra comisión, que en esta vez, como en tantas otras, sabréis honraros honrando la memoria de un sabio colombiano y de un servidor de la república.

*Alfonso Castro, Manuel F. Obregón, Luis Felipe Pineda, Ricardo Zapata".*

## NOTA EDITORIAL

### ESENCIA Y SINTESIS DE UN SABIO

*Alumno Luis Jaime Sánchez.*

Legendaria era ya, antes de extinguirse, la católica estampa de Lleras Acosta. Los últimos días de su estar mundial, fueron una progresiva sublimación del hombre para convertirse en un aspecto original, sobrio, recio y bueno. Había salido el profesor Lleras de lo cárneo, para entrar en la soledad de la deshumanización que hace de los hombres una causa de perennidad impoluta. Era nuestro único aspecto, en su acepción inmaterial.

Nos ha dejado el recurso de contemplar. El mismo, fue un apasionado amante de la contemplación tranquila. Para él, la Ciencia proustiana del bacilo tomaba cierto colorido estático en mitad del dinamismo biótico. Movíase la mentalidad de aquel hombre dentro de una perspectiva dilemática que nunca lo abandonó. Era que la psicología del maestro se había tornado convergente. Buscó durante toda su vida la agudeza conceptual que hace de la palabra una iniciación a la doctrina y una estoica aceptación de la teoría.

Sí. Lleras Acosta, era él mismo una teoría, sostenida por un hierro vital. La construyó, la forjó en el seno esquivo e hirsuto de nuestro medio negativo. Conocía los peligros que acechan al hombre que quiere ser distinto de los demás, sólo porque es parecido a sí mismo. Y decidió irse a la rebusca de sí mismo en "el otro" incógnito, pero vibrátil motivo de la biología. Y sucedió que un día, el profesor Lleras halló aquella simpatía bergsoniana del hombre con el objeto requerido. El mismo pareció extrañado del encuentro súbito repentino. Fue entonces cuando Lleras Acosta se hizo incorpóreo. Difundióse su silueta, esparcióse a través de la trama bacteriológica. Se hizo el hombre inconsútil porque había atravesado el Tiempo.

Lleras Acosta sintió un momento la angustia del instante creador. Experimentó acaso en una soberbia revelación íntima, aquella sensación indecible del hombre frente al Espacio científico, es decir, frente al mecanismo de la gloria. No se movió. Lo había paralizado el acci-

dente de la Muerte. Y sin embargo, parece que el hombre no se hubiera percatado, porque aún se halla tetanizado por la obra, por su obra. Lleras Acosta copió con una extraña precisión toda la esencial trascendencia de la frase terrible: "Le temps ne sert à rien". Y la copió porque la comprendió. El tiempo no sirve, escribió Bergson. El todo es el Espacio. Sí. Pero un espacio insertado en el hombre, un espacio que se concrete a la acción, que se plasme en la prolongación del hombre con la metafísica del acto y que en la continuidad infinita del concepto y el motivo, se torne lábil y accesible.

Así, fue la vida espacial de Lleras Acosta. Diluyóse ampliamente su alma cimera, en lo homogéneo de la ciencia bacilar. En ese ángulo, en ese punto crucial que nosotros vemos circunscrito por líneas, el maestro vio algo más: comprendió que allí terminaba la convergencia de la vida porque nacía la divergencia de lo eterno... y él vio la divergencia en la densidad de la Ciencia, que es la resignación de los sentidos... Murió porque había comprendido la tenacidad del Tiempo. Pero su figura, que era de hierro y carne, como la misma heroicidad medioeval, permanecerá siempre intemporal como un reto al mito de Cloto, la parca de la rueca.

*Luis Jaime Sánchez.*



---

## UNIVERSIDAD NACIONAL - FACULTAD DE MEDICINA - BIBLIOTECA

### BOLETIN BIBLIOGRAFICO

---

La Biblioteca de la Facultad de Medicina de Bogotá es una institución de carácter científico, destinada al servicio del Profesorado, de los alumnos de la Facultad, de los profesionales en general y del personal docente y alumnos de las escuelas dependientes de la Facultad de Medicina (Odontología y Farmacia).

Estará abierta todos los días no feriados y de vacaciones que establece el Reglamento de la Facultad, de 8 a 12 de la mañana, de 2½ a 7 de la tarde y de 8 a 11 de la noche. Los sábados por la tarde y noche no habrá servicio de Biblioteca.

Cuando se desee llevar un libro a domicilio, aparte de la papeleta de petición, se consignará en la Secretaría de la Facultad un depósito superior al monto del valor que tenga el libro en el mercado.

Los libros llevados a domicilio deben ser devueltos en un término máximo de diez días; pasados éstos se dispondrá del depósito para reponerlo, y el solicitante no tendrá derecho en lo sucesivo a hacer uso de este servicio de la Biblioteca.

Establécese en la Biblioteca el servicio de Canjes de las obras duplicadas. Dichos canjes deben llevar la aprobación del Director de la misma.

(Del Reglamento orgánico de la Biblioteca).

---

#### LIBROS NUEVOS

El siguiente libro fue galantemente obsequiado a la Biblioteca de la Facultad de Medicina por los señores:

VIGOT FRERES, Editeurs.—23,rue de l'Ecole de Médecine Paris.  
(6 eme).

*Guide Practique de Psychotherapie.*

Dr. Med. K. GRAETER (Bale).

Le traitement des troubles affectifs et l'art de vivre.

Sugestión e Hipnosis. Psicoanálisis. Biosofía.

Traducido del alemán por A. Kastler (Agregado de la Universidad).

Un volumen de 214 páginas (23, 5 x 16) con 9 láminas. 1933. 35 Fr.

El Autor resume los nueve cursos sobre la autosugestión que se le había pedido organizara en Bale, Zurich, Aarau, Berne, Soleure, Schaffhouse, Zofingen, y Viena. Se ha esforzado por presentar las leyes de la sugestión y de la auto-sugestión de una manera simple y accesible, permaneciendo en el terreno estrictamente científico.

Ha puesto en claro las relaciones estrechas que existen entre la sugerencia, la inspiración artística y la actividad creadora.

Ha demostrado también cómo, profundizando el método de la autosugestión por el psico-análisis y la hipnociatasis, tratando de provocar en el sujeto sueños curativos, haciendo jugar la biosofía y la psicología y agregando la gimnástica sugestiva, se descubren horizontes nuevos.

Ejemplos preciosos, sacados de la práctica médica, ilustran estos métodos y muestran cómo pueden ser aplicados, sea bajo la dirección del médico, sea por el sujeto mismo (auto-sugestión, auto-análisis, auto-agogía).

Todos los sufrimientos y todas las condiciones de la vida humana se encuentran así abordadas.

La obra constituye por lo tanto un conjunto de la psicoterapia y una guía para quien quiera aplicarla.

Pero este esbozo, sin penetrar en los detalles queda incompleto y fragmentario: nacido de la experiencia, ha sido escrito para la experimentación y la vida.

**VARIOS**

Revue Mensuelle de L'UMFIA. Paris.  
Año 14, Nº 123. Enero-Febrero, 1938.

Boletín de la Unión Panamericana. Washington.  
Febrero, 1938.

**BACTERIOLOGIA Y LABORATORIO**

The Journal of Laboratory and Clinical Medicine. St. Louis.

Vol. 23, Nos. 4-5. Enero-Febrero, 1938.

Annales De L'Institut Pasteur. Paris.  
Tomo 60, Nº 1. Enero, 1938.

### CIRUGIA

Revista Mexicana de Cirugía, Ginecología y Cáncer.  
Año VI, Nº 1. Enero, 1938.

Cirugía y Cirujanos. México.  
Tomo VI Nº 1. Enero, 1938.

Archives of Surgery. Chicago.  
Vol. 36, Nos. 1-2. Enero-Febrero, 1938.

The American Journal of Surgery. New York.  
Vol. XXXIX, Nº 2. Febrero, 1938.

### DERMATOLOGIA Y SIFILOGRAFIA

Archives of Dermatology and Syphilology. Chicago.  
Vol. 37, Nos. 1-2. Enero-Febrero, 1938.

Annales de Dermatologie et de Syphiligraphie. Paris.  
Tomo 9, Nº 1. Enero, 1938.

### FISIOLOGIA

The American Journal of Physiology. Baltimore.  
Vol. 121, Nos. 1-2. Enero-Febrero, 1938.

The Journal of Immunology. Baltimore.  
Vol. 34, Nº 1. Enero, 1938.

Revue D'Immunologie. Paris.  
Tomo 4, Nº 1. Enero, 1938.

### GINECOLOGIA Y OBSTETRICIA

Revista Médico-Quirúrgica de Patología Femenina. Buenos Aires.  
Año VI, Nº 63. Enero, 1938.

Boletín Anual de la Clínica Obstétrica. (Servicio del Prof. Acosta).  
Bogotá.  
Año II. 1937

Gynécologie et Obstétrique. Paris.  
Tomo 37, Nº 1. Enero, 1938.

American Journal of Obstetrics and Gynecology. St. Louis.  
Vol. 35, Nº 1. Enero, 1938.

#### HIGIENE

Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana. Washington.  
Año 17, Nº 2. Febrero, 1938.

Revista de Higiene. Bogotá.  
Año XIX, Nº 1. Enero, 1938.

Asistencia Social. México.  
Año III, Nº 10. Febrero, 1938.

The American Journal of Hygiene. Baltimore.  
Vol. 27, Nº 1. Enero, 1938.

American Journal of Public Health. New York.  
Vol. 28, Nº 1. Enero, 1938.

#### MEDICINA GENERAL

Journal de Médecine de Lyon.  
Año 19, Nos. 433-434. Enero-Febrero, 1938.

Paris Médical.  
Año 28, Nos. 4-5-6-7. Enero-Febrero, 1938.

Le Scalpel. Bruselas.  
Año 91. Nos. 4-5-6-7. Enero-Febrero, 1938.

Annales de Médecine. Paris.  
Tomo 43, Nº 2. Febrero, 1938.

Revue Belge de Sciences Médicales. Lovaina.  
Tomo X, Nº 1. Enero, 1938.

La Presse Médicale. Paris.  
Nos 1-2-3-4. Enero, 1938.

Bulletin of The New York Academy of Medicine.  
Vol. 14, No 2. Febrero, 1938.

Medical Times. Brooklyn.  
Vol. 66. Nº 2. Febrero, 1938.

Proceedings of The Staff Meetings of The Mayo Clinic. Rochester.  
Vol. 13, Nos. 3-4-5. Enero-Febrero, 1938.

The Journal of Medicine. Cincinnati.  
Vol. 19, Nº 1. Marzo, 1938.

British Medical Journal. Londres.  
Nos. 4017-4018. Enero, 1938.

The Journal of The American Medical Association. Chicago.  
Vol. 110, Nos. 6-7-8-9. Febrero, 1938.

El Día Médico. Buenos Aires.  
Año X, Nos. 4-5-6-7-8. Enero-Febrero, 1938.

La Prensa Médica Argentina. Buenos Aires.  
Año XXV, Nos. 4-5-6-7. Enero-Febrero. 1938.

Archivos Uruguayos de Medicina, Cirugía y Especialidades. Montevideo.

Tomo XII, Nº 1. Enero, 1938.

Revista Médica Germano-Ibero-Americanana. Leipzig.  
Año XI, Nos. 1-2. Enero-Febrero, 1938.

Revista de Medicina y Cirugía de Habana.  
Año XLII. Nº 1. Enero, 1938.

Revista Sud-Americanana de Endocrinología-Inmunología-Quimioterapia.

Año XXI. Nº 1. Enero 1938.

Revista Médica. San José de Costa Rica.  
Año V. Nº 45. Enero, 1938.

Medicina (Revista Mexicana).  
Tomo XVIII, Nos. 307-308-309. Enero-Febrero, 1938.

Revista del Médico Ecuatoriano.  
Año I. Nº 2. Enero, 1938.

La Reforma Médica. Lima.  
Año XXIV, Nos. 277-278. Febrero, 1938.

Revista Médica Peruana. Lima.  
Año X. Nos. 109-110. Enero-Febrero, 1938.

Boletín Mensual de la Clínica Asociación de la Covadonga. Habana.  
Vol. V, Nº 1. Enero, 1938.

Boletín Clínico. Medellín.  
Año 4, Nº 4. Enero, 1938.

Revista de Medicina y Cirugía. Barranquilla.  
Vol. V, Nº 1. Enero, 1938.

Revista Médica de los Hospitales. Santiago de Chile.  
Año III, Nº 1. Enero, 1938.

Archivos del Hospital Rosales. San Salvador.  
Año XXIX, Nº 3. Enero, 1938.

PARIS MEDICAL. — Nº 7. Febrero 12 de 1938.

*El problema de las Meningitis Curables Primitivas, por los doctores Mollaret y Kreis.*

Del vasto grupo de las afecciones de las meninges, una nueva entidad mórbida parece ser estudiada en los últimos tiempos. Bajo el título de Meningitis, linfocitaria benigna, de Meningitis serosa curable, de Meningitis aséptica aguda, las publicaciones por cierto muy numerosas, en la literatura médica del mundo entero, han consagrado grande y considerable parte de sus estudios. Son ya muy conocidos los caracteres de la mencionada afección. Dicha enfermedad sobreviene en el niño o en el adulto; es enfermedad del estío; rara vez es precedida de cortos prodromos; el principio es brusco, marcado por fiebre, cefalea y vómitos; el síndrome meníngeo a veces agudo, queda puro sin signos neurológicos asociados; el enfermo está generalmente lúcido y no muestra actitud hostil como se observa en la Meningitis tuberculosa; el pulso y la respiración no son turbados; el estado general queda bueno. El líquido cefalorraquídeo es claro, amicrobiano; presenta una linfocitosis importante (200 a 300 elementos) a veces enorme (5000) y otras veces es discreta (50 a 100); a los linfocitos se añaden grandes mononucleares; la albuminosis queda débil; la composición química del líquido no difiere de lo normal; la punción lumbar, hace de acción sedativa; la curación es rápida y sobreviene al cabo de una o dos semanas. En total, el síndrome clínico de Meningitis aguda en estado de pureza, síndrome infeccioso banal, síndrome humorral, tal es la fórmula admitida. Dicen además los doctores Kreis y Mollaret, que ésta entidad nosológica, ha provocado una epidemia extendida en el mundo entero, que se dio a conocer en 1916, que se desarrolló con intensidad durante los años de 1923 a 1930, y que hoy ya tiende a desaparecer. Es interesante ésta afección por ser muy comúnmente confundida con la meningitis tuberculosa. Los autores del trabajo, exponen todos los principales signos o elementos actuales de la nueva entidad, e insisten sobre los datos etiológicos, que son en su mayoría perfectamente nuevos.

V. M. M.

## ANNALES DE MEDECINE. Tomo 43. Nº 2. 1938.

*El Ultra Virus Tuberculoso, su existencia no está aún demostrada.  
Por el profesor G. Petragnani. (Roma).*

Entre los asuntos importantes tratados en la sexta conferencia internacional de tuberculosis en la ciudad de Roma en el año de 1928, figura aquel del ultravírus tuberculoso. Fue el profesor Calmette quien esbozó tan delicado problema. El profesor G. Petragnani en uno de sus recientes trabajos asegura que aunque él ha buscado durante largo tiempo, con la técnica descrita, la fase invisible del bacilo de Koch, no ha logrado ponerlo en evidencia; se asombra este ilustre sabio al leer en variados artículos científicos las equivocaciones y contradicciones numerosas entre los diferentes investigadores sobre si existe o no el ultravírus tuberculoso. Dice, que es imposible tener como cierto y demostrado, la existencia de este ultravírus, ultravírus que echa por tierra algunas leyes de profilaxis y que marca una nueva concepción patogénica sobre la herencia y sobre la infección latente. Es quizás más conveniente de acuerdo con el mencionado profesor tener como base verdadera y científica, la existencia en la actualidad de enormes dudas al respecto. No tenemos aún conocimientos precisos sobre las propiedades biológicas y patológicas del virus de la tuberculosis en su fase evolutiva, durante la cual es invisible a los mayores aumentos del microscopio. Aunque muchos creen haber ya encontrado el ultravírus tuberculoso, el profesor G. Petragnani concluye su exposición con los siguientes términos. "Si se piensa que el B. de Koch puede manifestar en un organismo más o menos receptivo y en tejidos más o menos sensibles, una virulencia más o menos conservada a pesar del tiempo que haya permanecido en el medio exterior y a pesar de la diversidad de vías de penetración—aéreas, aerolinfáticas, intestinales, cutáneas—; si se piensa en las múltiples posibilidades que el B. de Koch dispone para invadir el cuerpo humano, se debe admitir, que este bacilo puede dar infecciones de valores patogénicos diversos, capaces por ejemplo de determinar un estímulo alérgico útil que modifica el grado de receptividad respecto a las reinfecciones sucesivas. Así se explican muy seguramente, la gama tan variada y los cuadros diferentes de las infecciones tuberculosas, sin que sea menester invocar a las diversas formas del VIRUS".

V. M. M.

## LA PRESSE MEDICALE. — Nº 4. Enero, 13-37.

*La Profilaxis individual de las enfermedades venéreas.*

En nuestra práctica profesional diaria, las afecciones venéreas cualquiera que sea su origen o la persona afectada, juegan un papel de in-

discutible importancia. Ante todo debemos reconocer la importancia, que tiene la profilaxis antivenérea: Desgraciadamente no contamos aún con un medicamento de confianza y de poca nocividad, que introducido al organismo por vía oral, asegure una protección conveniente contra el contagio y la evolución de una sola de las enfermedades venéreas, o contra todas ellas. Hago esta afirmación basándome en el artículo que comentó del doctor J. Van Putte. Deberíamos tener ya antisépticos de aplicación local, para practicar con acierto esta profilaxis individual y de igual manera deberíamos hablar ya, no de profilaxis sino de tratamiento abortivo de las enfermedades venéreas. Es conveniente poner en práctica los métodos preconizados por el doctor Putte y magistralmente documentados. Bajo el nombre de enfermedades venéreas se califican a las uretritis, a la sífilis, a la blenorragia, al chancre blando, y a la linfadenitis de Nicolás y Fabre, (enfermedad común en las regiones tropicales). El doctor Van Putte aconseja para la profilaxis externa (no intrauterina) el empleo de una solución yodoalcohólica formulada de la manera siguiente: Tintura de yodo al 10 por ciento, veinte gramos y alcohol diluido al 70 por ciento C. S. p. 100 cc. Dicho doctor expone las grandes ventajas de la preparación y la coloca por sobre los numerosos antisépticos recomendados por diversos médicos y aplicados en diferentes lugares. Sintetizando el método del doctor Putte es el siguiente: El paciente se desviste, luégo orina para evacuar completamente el contenido de la vejiga y se exprime luégo el canal uretral para sacar totalmente las gotas de orina que en él pudieran quedar: Se toma en seguida un poco de algodón y se le enrolla sobre una varilla de madera, imitando un sencillo pincel; se coloca dicho pincel así fabricado, hasta saturación sobre la solución de tintura de yodo al 2 por ciento; se tiñe o se barniza la verga en toda su extensión teniendo la precaución de volver hacia atrás el prepucio; téngase cuidado de barnizar cuidadosamente el pene en los sitios donde existan desgarraduras o escoriaciones; se continúa luégo el barnizamiento de las bolsas, ingles, cara anteroexterna de los muslos y el pubis. Queda así concluída la profilaxis externa. Luégo se comienza a desinfectar la uretra, siguiendo las siguientes reglas: Inyectar al principio unas gotas de argirol al 5 por 100 dejándolas caer suavemente dentro de la uretra; después inyectar 1 c. c., luégo 2 c. c. hasta llegar a 6 c. c.; procurar hacer demorar la solución dentro de la uretra; al final se coloca algodón y gasa cubriendo el orificio anterior de la uretra (meato). Debe permanecer así el enfermo por unas ocho horas como término medio. De esa manera acaba el médico o el practicante la desinfección interna aconsejada por el doctor Putte, quien la ha empleado millares de veces con resultados siempre satisfactorios.

V. M. M.

REVUE BELGE DES SCIENCES MEDICALES. — Tomo X. Nº 1, 1938.  
*Las relaciones entre el páncreas y el intestino en el curso de la obstrucción intestinal, por el doctor J. Bottin.*

Desde 1878 Salkowski observó que la orina del perro con obstrucción, encierra una cantidad anormalmente elevada de fenol, siempre y cuando que la obstrucción no se coloque por encima de los canales pancreáticos. Si se efectúa una fistula biliar en los perros obstruídos, el fenol no aparece ya en la orina en iguales condiciones. Pero el fenol, dice el autor, se produce particularmente en la putrefacción del páncreas. Salkowski concluye que la digestión pancreática es probablemente la causa de la presencia del fenol en la orina, seguida, claro está a una obstrucción. Pero los más recientes trabajos sobre la relación entre el páncreas y los fenómenos consecutivos a una obstrucción del intestino, toman su origen desde un trabajo de Auché en el año de 1900, quien demuestra que la obstrucción efectuada en el conejo por debajo del canal pancreático es infinitamente más grave que la que se presenta en la parte más baja del intestino delgado. En diversos trabajos de Draper, Kaufmann, Sweet, Peet, Leveuf, Mitsufuji, etc., se sacan conclusiones interesantes encaminadas todas ellas a demostrar cuán notable es la importancia existente entre el páncreas y el intestino. El doctor Bottin agrega, que después de todos esos numerosos trabajos y estudios, ¿en qué se podría concluir? En un principio si se excluye el páncreas del ansa obstruída, se logra prolongar en cierto modo la supervivencia de los animales, y esta experiencia ha tenido éxito cuando se hace con esmero. Es seguro afirmar hoy que la obstrucción intestinal trae como consecuencias inmediatas, lesiones sobre el páncreas principalmente, también sobre el hígado y las otras vísceras. Esto significa según el autor, que las alteraciones del páncreas, juegan un papel capital en el curso de la obstrucción intestinal y que las alteraciones de las otras vísceras tienen solamente un papel accesorio. Para Broco y Varangot, las lesiones del páncreas están representadas por la necrosis celular de enorme gravedad y que a ella se debe la muerte del enfermo, ya que ataca a las otras vísceras como siempre se ha demostrado por las autopsias. En conclusión, en los casos en donde las lesiones viscerales diversas coexisten con las lesiones del páncreas, es menester dar a las lesiones del páncreas una significación primordial y particular para explicar lógicamente el estado de gravedad de los enfermos.

V. M. M.

### MEDICINA LEGAL

Annales de Médecine Légale. Paris.

Año 18, Nos. 1-2. Enero-Febrero, 1938.

### MEDICINA TROPICAL

Bulletins de la Société de Pathologie Exotique. Paris.

Tomo, XXXI, Nº 1, Enero, 1938.

### NEUROLOGIA Y PSIQUIATRIA

Archives of Neurology and Psychiatry. Chicago.

Vol. 39, Nos. 1-2. Enero-Febrero, 1938.

### OFTALMOLOGIA

Archives of Ophthalmology. Chicago.

Vol. 19, Nos. 1-2. Enero-Febrero, 1938.

### OTOLARINGOLOGIA

Archives of Otolaryngology. Chicago.

Vol. 27, Nº 1. Enero, 1938.

### PEDIATRIA

Boletín del Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia.

Tomo XI, Nº 3, Enero, 1938.

Archivos Argentinos de Pediatría. Buenos Aires.

Año IX, Nº 1. Enero, 1938.

Revista Chilena de Pediatría. Santiago.

Año IX, Nº 1. Enero, 1938.

American Journal of Diseases of Children. Chicago.

Vol. 55. Nos. 1-2. Enero-Febrero, 1938.

### TUBERCULOSIS

The British Journal Of Tuberculosis. Londres.

Vol. XXXII, Nº 1. Enero, 1938.